

# Orbea

REVISTA MENSUAL

CIENCIA :: ARTE :: SOCIOLOGÍA

DELEGACIONES  
EN TODA ESPAÑA  
Y AMÉRICA

Redacción y Administración  
Anselmo Cifuentes, 10

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Un trimestre.. 3,00 Ptas.  
Un semestre.. 5,50 —  
Un año..... 10,00 —

## SUMARIO

- Carlos Pereyra..... *En la patria de Hernán Cortés.*  
Rosario Sansores..... *Versos.*  
Valentín Andrés Álvarez..... *La muerte ya no usa guadaña.*  
Luis Jiménez Asúa..... *Delito y no error.*  
Rogelio Sotela..... *Soneto.*  
Anastasio Fernández-Morera..... *La Caverna del miedo.*  
A. D..... *Semblanza.*  
Juan de Contreras..... *Composiciones poéticas.*  
Eugenio Domingo..... *Viriato visto a través de dos mentalidades.*  
Gaetano Salvemini..... *El sindicalismo fascista.*  
Jean Cassou..... *Retrato de Unamuno.*  
Andrés Sepúlveda..... *Caricatura de Rosario Sansores.*  
Argüelles López..... *Dibujo de Unamuno.*  
Editorial..... *La huelga general inglesa.*  
LIBROS.—Angel Dotor: *Don Quijote, Don Juan y la Celestina,*  
por Ramiro de Maeztu; *El libro Bello.*—José Loredo Aparicio: *Poetas y*  
*Bufones, polémica Vasconcelos-Chocano.*

# EN LA PATRIA DE HERNÁN CORTÉS

El tren se aproxima con lentitud a la ondulante depresión que marca en la campiña el cauce del Guadiana. Hemos dejado atrás las minas del Almadén, y pasamos después por las de Castuara. A nuestra izquierda se sucede una serie de eminencias, áridas o montuosas, en las que alcanzamos a ver las señales de una mano niveladora. Por aquí pasó don Fernando el Católico. Cada castillo es una ruina, y cada ruina es el recuerdo de algún episodio de la gran contienda que precedió a la consolidación definitiva de la unidad española. Los nombres de Almorchón y Magacela figuran en la geografía usual, y la Guía de los ferrocarriles no les niega un sitio entre las estaciones de ínfima categoría.

El expreso corre ya por la vega, y antes de las ocho entramos en los límites del antiguo condado de Medellín. Bajamos al andén, y bien pronto nos vemos en la calle principal de Don Benito. Esta ciudad, ayer aldea, es uno de los dos hermosos brotes democráticos de Medellín, nacidos cuando el núcleo feudal perdió la fuerza de sus privilegios y permitió que se derramaran por toda la comarca del señorío los impulsos de una vigorosa vida comunal. Entonces tuvo también origen el florecimiento de Guareña, el más delicioso de los vergeles del mediodía de España. Pero el sensato labrador de Don Benito roturó los mejores campos de la dilatada vega que hoy se ve cubierta de trigales en torno de su alto campanario, nido de cigüeñas.

Don Benito es toda una vindicación de la tradicional Extremadura esterilizada por la maldición latifundista. No hay sino estudiar las casas de fachadas lucidas. En los interiores la comodidad se afirma con discreción, hasta tocar los términos de la opulencia provinciana. Bien puede verse que es auténtico el mosaico de los portales. Y en los patios

floridos, tras de las verjas de primor sevillano, hay manos blancas sobre los tiestos de mayólica. Los personajes que cruzan por la calle muestran ya toda su ponderación, que contiene el impulso de las curiosidades pueblerinas, y les impide precipitarse en manifestaciones de estupor cuando pasa un viajero. Los gatos de los alféizares, educados para la cultura urbana, han recibido la consigna de una indiferencia displicente. Así se suple en una pequeña ciudad la alta función representativa de los insolentes porteros enlevitados.

Yo casi me arrepiento de haber hecho escala en Don Benito. Temo los desencantos del contraste, cuando la tartana me abandone en el desierto de un pueblo decadente. ¿Qué será Medellín? ¿En qué sórdida posada pasaré las noches? ¿Sobre qué manteles y en qué vajilla se me dará el gazpacho? Ignoraba que mi amigo don Francisco Valdés había formado con habilidad el programa de mi estancia en el histórico centro del condado. Yo no tendré que hacer otra cosa sino recibir y agradecer los agasajos de una hospitalidad que hubiera envidiado el capitan general de la región. Mis inquietudes han durado bien poco. A las diez de la mañana me veo extrañamente sorprendido en el cuadro de una vida doméstica llena a un tiempo mismo de sencillez y distinción. Aspiro todo el perfume de la hidalguía. Veo en torno mío que hay un acuerdo general para demostrarme que estoy en la tierra «del cortesísimo Cortés».

El caballero que va en viaje de estudio, como dice la crónica del semanario local, encuentra cuantos datos solicita su curiosidad sobre la vieja Medellín feudal y guerrera. Apenas he tenido tiempo para admirar el granado, el árbol del paraíso, los plúmbagos y los tomillos de la casa de doña Emiliana Pajuelo, cuando recibo el aviso de un

llamamiento urgente. Don Eduardo Rodríguez Gordillo, antiguo cura y benemérito historiador de Medellín, espera mi visita. Ha preguntado ya varias veces durante la mañana, si había llegado el curioso a quien interesan las inútiles cosas de ayer.

Brevemente se me informa que don Eduardo no es de Medellín, pero que lleva cuarenta años de vecindad. Como Medellín, don Eduardo no vive sólo de recuerdos, sino de acción. Alterna la sotana con la chaqueta. He podido advertir que lo mismo sabe sembrar un campo y construir una casa, que decir un sermón y componer un libro. Cuando se le hizo cura de Medellín, creyó de su deber enterarse de la historia local, y para conocerla mejor no pudo encontrar medio más adecuado que el de escribirla.

Puso en mis manos un libro, el ejemplar único acaso de su obra, pero advirtió que estaba dispuesto a evitarme el trabajo de la lectura. Daríamos un paseo arqueológico. Ante todo, quiso hacerme los honores de la ruinoso iglesia de San Martín, abandonada parroquia que conserva la pila bautismal en que se cree, sin pruebas, que recibió las aguas de la fe el primer marqués del Valle. Don Eduardo tiene fervor de anticuario; pero lo cultiva con la elegante distinción de la duda metódica. ¿En dónde fué bautizado Cortés? ¿En San Martín? No era esa su parroquia, pero bien pudo haberse llevado a ella por alguna dispensa y en atención al nombre de su padre.

Da poca importancia al hecho, y la pila, que está derribada en un rincón de trebejos, le merece sólo la escasísima reverencia debida a una autenticidad problemática.

Don Eduardo es un artista. Conoce la historia de cada piedra. No sin orgullo mueve en la cerradura una llave de cuarenta centímetros, competidora por sus dimensiones de las de San Pedro, y el excelente conservador de aquella ruina, tiene un deleite especial en mostrarme la interesante desolación de su vieja parroquia. Allí fué cura de almas, y ahora visita el templo sólo para estudiar los progresos que hacen las ratas en el retablo. Lamenta el abandono, pero seguramente el fondo de su alma guarda cierta gratitud a los fabricantes de ruinas. Don Eduardo es ante todo un anticuario, y lo domina el sentido estético de la vida. Esto no puede ocultarse.

Cerca de la hermosísima portada de San Martín, se levanta un hacinamiento de piedras que don Eduardo cree vomitorio del circo romano. Estamos en la parte más elevada de la colina. El pueblo, tendido en la áspera ladera, da la espalda al Guadiana. Cuando empezó a morir el feudalismo, el caserío se alejó de la fortaleza y formó su calle principal trazando un arco de círculo al pie de la colina, para llegar hasta la cabeza del puente y captar los beneficios del tráfico, estableciendo allí

sus posadas, sus herrerías y sus molinos. Créese, sin embargo, que la Medellín romana—la *Metellium Caeciliae*—, no estaba en la margen izquierda, sino en la derecha del Guadiana, y que formaba parte de la Lusitania. Pero el río, precipitándose sobre la parte opuesta de la altura castrense, incorporó a Medellín en la Bética. El pueblo, sin el espejo del río, quedó beneficiado con el terreno que abandonaron las aguas, cubierto bien pronto por los festones de sus vides, los mantos de sus mieses y los cuadros de sus huertas. Cuando nació Hernán Cortés, ya Medellín era más bien hija de sus obras, cultivadora de la campiña, y sobre todo, explotadora del camino, que dependencia económica del condado. El futuro conquistador veía desde la puerta de su casa un castillo en decadencia, y sin dejar de trepar por entre los olivos a la actual zona de las chumberas—los nopales que encontraría en la ruta de 1519—, bajaba al centro hirviente de la arriería, para mezclarse con la muchedumbre de los trajinantes que pasaban de los pueblos de la Serena a los de la Sierra de Montánchez, que iban de Mérida a Córdoba, y que bajaban de Trujillo a Sanlúcar de Barrameda o a Cádiz. Oía maravillado los episodios del Sitio de Granada, las fantásticas descripciones de las grandezas de Sevilla, los lances inverosímiles de la vida del trujillano Diego García de Paredes de Italia, y sobre todo, los fascinadores relatos en las regiones indianas, recientemente descubiertas, habitadas por hombres desnudos, en donde habían sido identificadas las fabulosas islas de los lestrigones y los parajes de frescura eterna, «propincuos al cielo», que cruzaban dos por lo menos de los ríos del paraíso terrenal. El *Tío Picos Pardos* era entre todos los arrieros el más enterado de estas cosas. ¿No había visto con sus ojos pecadores las noventa y seis o ciento cincuenta libras de perlas que los oficiales del Rey quitaron a Peralonso Niño en uno de los puertos de Galicia? Él había tenido la fortuna de estrechar entre sus manos las de uno de aquellos indios que vendía en Sevilla el mercader italiano a quien se llamaba Merigo Vespuche. Un paje de escoba le había cedido plumas de papagayo, y otro marinero le contaba cómo salía el oro de los ríos, entre los aros de los barriles.

«Ciencia, mar o casa real». Martín Cortés deseaba ciencia para su hijo Hernando. Quería verlo en algún tribunal o chanchillería, con toda la imponente gravedad que comunica la toga. Y se desprendió de aquel hijo único para que estudiara en Salamanca, bajo el tutela del cuñado Francisco Núñez de Varela, marido de la hermana Inés de Paz. Pero la palabra del arriero que le acompañaba, y con el que vuelve acaso a viajar cuando anda de vagabundo, «a la flor del berro», paseando por Valencia, fué más persuasiva que los consejos del prudente padre y los del docto tío.

La casa en que nació Hernán Cortés ya no existe. Quedaban de ella unas ruinas que fueron arrasadas juntamente con otros edificios privados al formarse el paseo donde está el monumento. Por lo demás, la casa primitiva había sido modificada en 1523, para que fuera digna de un conquistador de imperios. Pero parece que Martín Cortés respetó la antigua traza del edificio, dejando en pie la parte que habitó con su mujer y su hijo.

No es exacto, como se cree generalmente, que la casa de Hernán Cortés fuera destruida por los franceses después de la batalla de Medellín, en que las fuerzas del mariscal Víctor derrotaron a las del general don Gregorio de la Cuesta,

Verdad es que Medellín quedó entonces poco menos que aniquilada. Los invasores ocuparon el castillo, desde fines de marzo hasta mediados de mayo de 1809. Durante la acción, el mariscal Víctor observaba los movimientos del General Cuesta, paseándose en la misma explanada donde el viejo cura me da sus explicaciones. A los pies del invasor podían contarse 458 edificios, como se cuentan los cuadrados de un tablero. Después de la ocupación francesa, sólo quedaron en Medellín 170 casas habitables. La ruina en el campo era mayor. Antes de la guerra, los vecinos enumeraban, con una satisfacción minuciosa, los bienes que habían sido inscritos en sus estadísticas municipales. Poseían 90 yeguas, 130 cabras, 153 yuntas de caballerías menores, 276 yuntas de caballerías mayores, 1200 cabezas de ganado vacuno, 1350 cerdos y 14.000 ovejas. Después, la miseria llegó a términos tales que se suprimió la vara del alcalde mayor con que se honraba Medellín, y fué preciso cerrar la escuela de gramática. Entre los edificios arrasados estaban el Hospital de la Caridad, el Asilo de Huérfanas, la Carnicería, las Casas Consistoriales y las del Cabildo Eclesiástico. El alcalde mayor lamentaba la carencia total de carne, trigo, cebada, avena y vino. La restauración era imposible, por no haber animales de trabajo. En torno de Medellín se había formado el desierto; Rena, Villar y la deliciosa Mengabril contaban ya sólo un total de ochenta vecinos.

Sin duda por esto se creyó que la casa de Hernán Cortés había sido de las arrasadas en 1809. Pero lo más probable es que fuera abandonada en los años de ruina general que siguieron a la guerra. Vicenta Bastoné Vadillo, oriunda de Medellín, nacida en 1802; refería en 1886 que ella había conocido la casa de Hernán Cortés, por haberla visitado con sus abuelos, algunos años después de la invasión. La casa estaba en la calle de la Feria, que ya no existe. Tenía una fachada con tres puertas. Sobre la mayor, había una hornacina, y en ella la imagen de la Virgen del Socorro. Entrando en el portal, a mano izquierda, estaba la escalera para subir al piso principal, que se componía de

sala, alcoba y cocina. Estas piezas, muy espacia-sas, tenían ventanas a la calle, y seguramente no las habitó Hernán Cortés sino como visitante de su madre viuda, dado que haya estado en Medellín cuando regresó de Méjico.

A la derecha del portal, en el piso bajo, había dos departamentos, y en el segundo, que daba hacia el corral, se arrodillaban los abuelos de Vicenta, diciendo que allí había nacido Hernán Cortés.

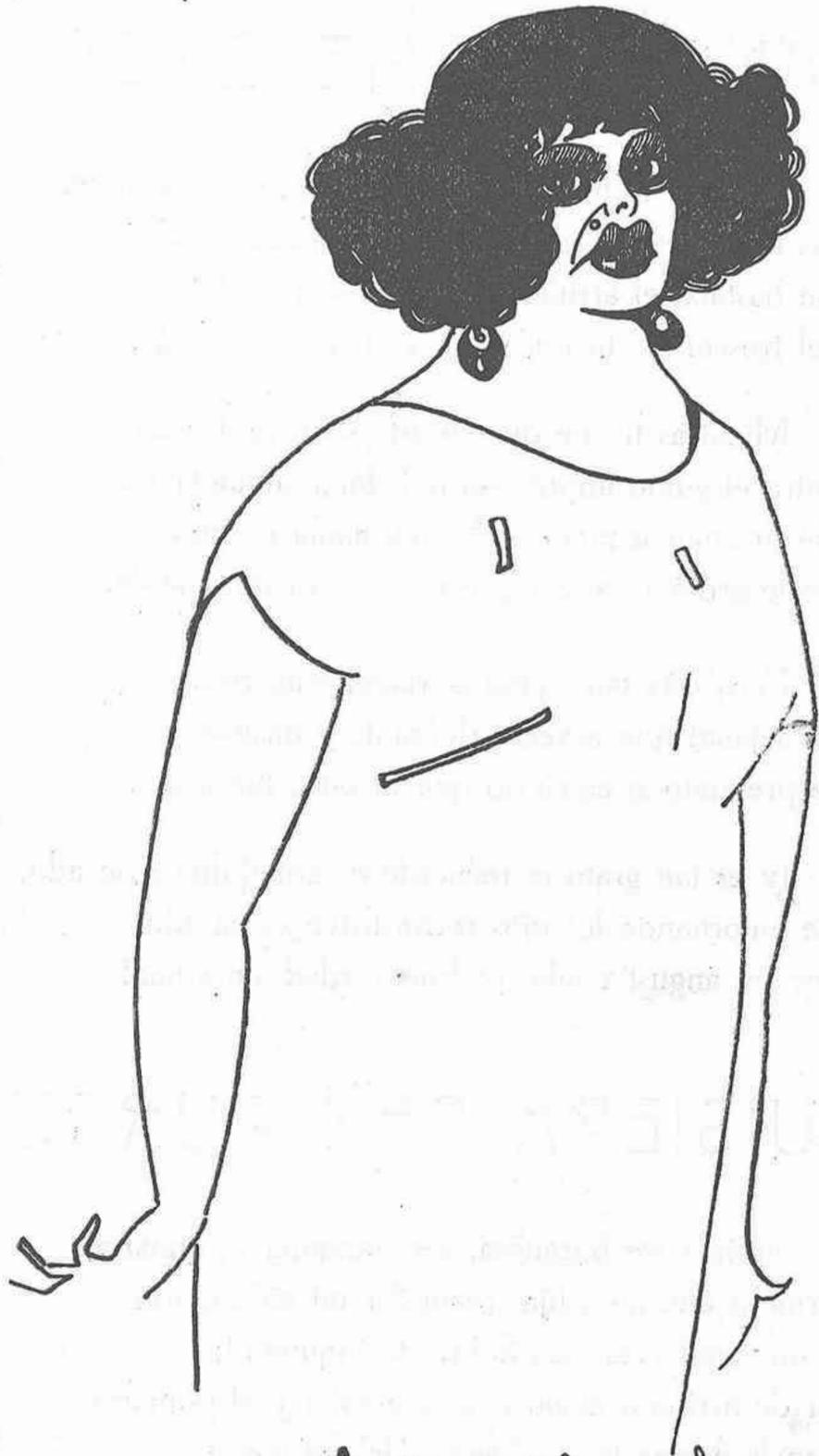
Detrás del monumento, queda el pozo que había en el corral, y a corta distancia, delante de la estatua, una toza, que según don Eduardo, existía en la puerta de la alcoba consagrada por la tradición. La toza tiene una inscripción que dice: *TOTA PULCHRA EST VIRGO ACULA NON EST IN TE.*

¿Y el monumento?—se me preguntará—. ¿El monumento? Tiempo habrá para hablar de estas 62.772 pesetas invertidas en piedra, bronce y arte. Yo no sabré decir con exactitud cuál es la relación entre los componentes materiales e inmat-eriales de un bronce conmemorativo. Pero dato por dato, puedo asegurar que una estatua de tres metros cuesta quince veces más que un castillo feudal, en Medellín al menos.

Sabido es que la primitiva posición fortificada fué obra de Quinto Cecilio Metelo. Después han dejado el recuerdo de su presencia D. Fernando el Santo, D. Pedro el Cruel, D. Juan Alfonso de Alburquerque y D. Sancho de Castilla. Destruído y reedificado varias veces el castillo los muros que aún subsisten datan de mediados del siglo XIV. Después de los sombríos episodios con que ilustró este castillo doña Beatriz Pacheco, hija del Marqués de Villena, y esposa de D. Rodrigo Portocarrero, primer conde de Medellín, madre tan amorosa que tuvo a su hijo encerrado cinco años en el torreón del norte, sobre el Guadiana, y mujer tan serena que resistió un sitio de cinco meses, el crepúsculo histórico del castillo se ilumina con la memoria de dos huéspedes ilustres: D. Sebastián y D. Felipe III.

El Ayuntamiento de Medellín pensaba que una ruina carece de valor venal, aunque pensaba también que esa misma ruina puede ser utilizada, como cementerio, por ejemplo. Solicitó que le fuera cedido. ¿Para qué lo querían ya las nobles casas en quienes se había fundido el condado? Pero he aquí que el duque de Lerma pensó todo lo contrario. En buena hora que el Ayuntamiento de Medellín adquiriera el castillo, pero las ruinas son piedras, y convenientemente envilecidas, valen dinero. Se discutió la cuestión en un terreno mercantil, y logrado el acuerdo, pasó el castillo de Medellín al dominio del común en 1919. El alcalde dió al duque cuatro billetes de mil pesetas por sus ruinas.

CARLOS PEREYRA



A. Sepúlveda  
XRV

ROSARIO SANSORES

por A. Sepúlveda.

## CIGARRA AMIGA

Hoy que los bellos años de la ilusión se alejan,  
y es como un riguroso problema el porvenir,  
siento que en lo más hondo de mi interior se quejan  
las locas esperanzas que no pude vivir.

El verano está lejos y el invierno es encima.  
¡Oh, mi amiga cigarra! No supimos guardar.  
¡Yo he pasado las horas componiendo una ríma;  
tú en las ramas de un árbol te pusiste a cantar!

¿Quién pensó en el mañana? Suspiraba la brisa,  
y el amor en los labios era dulce sonrisa,  
y era el sol oro vivo y esmeralda era el mar.

Y por ser, como fuimos, sólo dos soñadoras,  
por vivir el presente, por no ser previsoras,  
¡tú no tienes abrigo, yo no tengo ni hogar!

## CUANDO TÚ ME QUERÍAS

Cuando tú me querías, era el sol más brillante,  
más fragantes las rosas, más hermosa la vida,  
¡me bastaba el arrullo de tu voz suspirante  
y el frescor de tu boca como fuente escordida!

Mientras tú me quisiste me sentí protegida  
contra el golpe imprevisto del dolor inquietante.  
Fué tu amor a manera de una llama encendida  
donde ardió viva siempre mi ternura de amante.

Pero está tan lejana la visión milagrosa  
¡tan lejana! que a veces delirante y ansiosa  
me pregunto si es cierto que tu boca fué mía...

¡y es tan grato el recuerdo de aquel dulce pecado,  
que entornando los ojos reconstruyo el pasado  
y en mi angustia sollozo: Fué verdad alma mía!

## YO QUISIERA SER BURGUESA

Yo quisiera ser burguesa, ser tranquila y rutinaria,  
levantarme a una hora fija, reanudar mi vida diaria  
y vivir sin sentir esta loca fiebre de inquietud;  
Trajinar de arriba a abajo con la escoba y el plumero,  
vigilar en la cocina los garbanzos del puchero  
y ensalzar a todas horas el trabajo y la virtud.

Yo quisiera no sentirme con un alma tan compleja;  
¡yo no sé por qué en el fondo de mi espíritu se queja  
la nostalgia de un anhelo que no pude realizar!  
Yo no sé por qué en mis ojos se dibujan lontananzas  
de otros mares y otros cielos, si mis bellas esperanzas  
son celajes que aparecen y se tornan a borrar.

No tejer quimeras vanas con la loca fantasía,  
por ser plácida y serena ¡yo no sé lo que daría!  
Encauzar mi vida como la encauzaron los demás,  
pensar algo en el mañana, conservar en los arcones,  
unos fajos de billetes y unos cientos de doblones  
porque cuando llegue a vieja no podré soñar ya más.

Yo quisiera ser burguesa, ser tranquila y rutinaria;  
levantarme a una hora fija, reanudar mi vida diaria  
y vivir como los otros, solamente por vivir...  
Pero sé que aunque me empeño y en ser práctica me afano  
vibra siempre en mis oídos como un eco muy lejano,  
esta música divina que yo sola puedo oír...

# FILOSOFÍA

Del pecado de amarte no estoy arrepentida,  
aunque un oscuro abismo nos separe a los dos,  
en tanto que risueña te doy mi despedida  
mis ojos se iluminan para decirte adiós.

No nos debemos nada. Tú me diste tu boca  
limpida como el agua fresca del manantial.  
Yo apagué en la cisterna mi sed ardiente y loca  
y te enlacé en mis brazos amorosa y sensual.

Peregrinos errantes, nuestra ruta seguimos;  
si dos sendas opuestas al azar elegimos,  
¿para qué rebelarnos con violenta acritud?

Fuiste mío. Fuí tuya. ¡lo demás nada importa!  
¡Oh mi amante de un día! nuestra vida es tan corta,  
que no vale la pena de sufrir su inquietud...

## ROJO

Toda yo soy ardiente como la llama. Acaso  
por eso casi siempre voy de rojo vestida;  
Rojas son las pasiones que llenan nuestra vida  
y el sol se torna rojo cuando llega a su ocaso.

Roja es la dulce boca para el beso creada  
y rojos son los celos que el amor acrecienta;  
Es roja la lujuria como chispa violenta  
y roja la locura como una puñalada.

Roja es también la sangre que colma nuestras venas  
y rojos los deseos cuyas fuertes antenas  
nos oprimen, cegando nuestra clara razón

Amo el rojo por eso: ¡porque es roja la vida,  
porque es roja la boca para el beso florida  
y es roja la tragedia de nuestro corazón!

ROSARIO SANORES Y PREN

Habana.



# LA MUERTE YA NO USA GUADAÑA (1)

Los médicos, si bien ejercen la función social de perseguirlas, padecen también alguna que otra vez enfermedades. Ellos, los defensores de la humanidad contra todo lo que ataca a su salud, como encargados de hacer la guerra a los padecimientos, son, aunque soldados de sanidad, los verdaderos guerreros en esta lucha, donde todas las armas de combate se ocultan bajo el pabellón de la Cruz-Roja. Sin embargo las enfermedades los atacan a ellos como a todo el mundo, como hombres y no como médicos, sin ensañarse más con estos enemigos terribles, quizás porque como tales enemigos no les merezcan gran consideración o acaso porque aún entre contendientes hay siempre tácitos acuerdos de mutuo interés y se establecen prudentes miramientos por ambas partes, como entre boxeadores de circo, pues ni ganarían una cosa extraordinaria las enfermedades con el exterminio de los médicos ni los médicos con la desaparición de las enfermedades.

En fin, como quiera que sea, el caso es que el médico de mi pueblo sufrió un ataque gripal y se vió obligado a suspender el ejercicio de la profesión. Durante algún tiempo, un papelito pegado a la dorada placa de su puerta modificaba el texto en esta forma:

CONSULTA MÉDICA  
SUSPENDIDA POR ENFERMEDAD

lo que producía el efecto de ver en una funeraria:

CERRADA POR DEFUNCIÓN

Ya casi repuesto aprovechó la ocasión de tener un sustituto para pedir algún tiempo de licencia, era médico municipal, con objeto de hacer un viaje de estudios por el extranjero. Cuando regresó al pueblo trajo bastante mermado su bolsillo, pero en cambio enormemente enriquecida su experiencia

profesional con el conocimiento de varias enfermedades nuevas y de modernos procedimientos de exploración, de análisis y de diagnóstico.

En cuanto abrió de nuevo su consulta el primer cliente que acudió a ella fué un jovencito enfermo, que entró allí acompañado por su padre.

Después de observar bien a aquel joven paciente, dijo:

—El mocito se curará en seguida. No es gran cosa lo que tiene.

—¡Gracias a Dios!—dijo el padre, en una expiración consoladora.

—El mocito no tiene nada; pero... ¿y usted?

—¿Yo?

—Sí, usted.

—Yo no venía a consultar...

—Nunca se sabe con certeza a donde se va.

—Pero... si no siento nada.

—Eso, amigo, no es razón que convenza. Hay mil enfermedades que sin producir la menor molestia pueden ser gravísimas. Por eso conviene observarse.

—Bueno, pero como yo no he venido a consultar y usted no me observará, saldré de aquí tan sano como entré.

—¡Inocente! Eso se figura usted, pero yo ya lo he observado. ¡Está tan claro!

—¿Qué?... Pero...

—Sí, clarísimo.

—Por Dios, doctor, ¿qué ha visto usted?

—Ese aspecto de su cara, ese párpado caído... No hay duda.

—¿...?

—Que usted padece una encefalitis letárgica.

El pobre hombre quedó abrumado ante aquel nombre rarísimo, nunca oído hasta entonces. Él, que rezaba un padre nuestro todos los días... «para que Dios me libre de enfermedades extrañas»!

(1) Esta narración, que recuerda vagamente el asunto de la famosa comedia de Jules Romains *Knock ou le triomphe de la Médecine* fué aunque inédita hasta ahora escrita con anterioridad.

Muchos entraron aquel día, y los sucesivos, en la consulta, pero entre tantos, enfermos y acompañantes, ninguno salió sano de allí. Enfermo hubo que entró con una simple erupción y salió con una hipertrofia del Páncreas. Con los sensibles aparatos que el doctor había traído consigo, con los análisis de jugos y secreciones a que sometía ahora a todos los clientes y sobre todo con los grandes conocimientos recién adquiridos era verdaderamente imposible que hombre alguno, aún los más robustos y sanos, salieran incólumes de allí. Algunas de las enfermedades se revelaban ya en el fonendoscopio, dando su voz de alarma por teléfono, otras aparecían en el microscopio, exageradamente aumentadas y la que se resistía a estos procedimientos físicos se la sometía a otros químicos hasta que se revelaba en un tubo de ensayo, donde la enfermedad se mostraba siempre bajo un precioso y atractivo color. Algunos clientes antes de admitir la existencia de su padecimiento se resistían heroicamente, pero —¡infelices!— no les era posible luchar contra aquellos aparatos, llamados por nombres de raíces griegas, como casi todas las palabras de la jerga en que hablaba el doctor, contra aquella terrible coalición, aquella cuádruple alianza de la Medicina, la Física, la Química y el Griego clásico. No era posible que pudieran luchar con aquel hombre que les hablaba del fonendoscopio, del estetoscopio, de atrofas, e hipertrofas, de anafilaxia... en fin, que les hablaba en griego. Los médicos, en efecto, son las únicas personas de este mundo que para hablar con las demás emplean las mismas palabras que usaba Aquiles para hablar con sus amigos.

El número de enfermos aumentó en el pueblo prodigiosamente. La gente comenzó a sentirse aquejada por extrañas dolencias desconocidas; y fué lo malo que hasta algunos se murieron de ellas.

\* \* \*

Pasado algún tiempo el médico quiso hacer un nuevo viaje por el extranjero y presentó al Ayuntamiento una solicitud redactada en estos términos: «Deseando nuevamente ampliar mis estudios y perfeccionar mis conocimientos profesionales, a fin de desempeñar mi cargo con el mayor acierto posible... etc.... ruego se sirvan concederme dos meses de licencia. Es gracia que espero obtener por tratarse de un viaje científico que, costado por mí, redundará en beneficio del pueblo.»

Recibió esta contestación particular del alcalde:

«Doctor, usted no necesita estudiar más. Ya sabe bastante... ¡demasiado! Porque, francamente, aquí ya se moría la gente bastante bien de las enfermedades conocidas de

siempre. ¿Para qué buscar otras nuevas? La ciencia es, no lo dudo, cosa muy respetable, pero a nosotros no nos conviene tanta sabiduría y tememos que si usted emprende ese nuevo viaje de ampliación de estudios a la vuelta no va a quedar un hombre sano en todo el término municipal.»

En vista de esta negativa tan injusta el médico fué a ver al alcalde.

—Yo necesito hacer mi viaje

—Ya le he dicho que no puede ser.

—Y ¿por qué?

—Porque así lo ha acordado el Ayuntamiento por unanimidad.

—¿Por unanimidad?

—Si señor. La única vez que la ha habido desde que yo soy alcalde.

—¡Qué ignorancia! ¡Qué atraso!

—No lo crea usted. Lo que sucede, como le dije en mi carta, es que si vuelve a hacer otro viaje por el extranjero no queda aquí ni un hombre sano.

—Pues le advierto que para eso no necesito salir de viaje.

—¿Cómo?

—Quiero decir que yo no creo en el hombre sano.

—A ver... a ver...

—El hombre sano no existe, es una abstracción, una entelequia, sin realidad alguna. Es una cosa bien demostrada por la ciencia moderna.

—Sí, pero nosotros nos regimos por la antigua.

El médico le habló luego de los peligros de la vida moderna, del aumento de la mortalidad, del acortamiento de la vida media de los hombres, demostrada por las estadísticas, no obstante los progresos de la medicina.....

—Nada,—contestó el alcalde,—no se moleste más en convencerme. Todo eso se explica muy fácilmente. Al ver los grandes progresos de la ciencia médica, la Muerte, para no ser vencida, ha tenido que progresar también y ponerse al tanto de los perfeccionamientos últimos. Antes usaba una modesta, y casi inofensiva guadaña y ahora una modernísima segadora mecánica. Como en este pueblo somos algo ignorantes, atrasados y modestito, no queremos que la Muerte abandone aquí su guadaña.

El doctor no hizo su viaje y el pueblo se libró de la invasión de todas las enfermedades nuevas que habría de traer consigo, entrevistas y estudiadas por sabios eminentes en estos últimos tiempos. El alcalde libró al pueblo de los últimos inventos de la Medicina.

VALENTÍN ANDRÉS ALVAREZ

## A PROPÓSITO DEL "CASO DE BELMONTE"

# DELITO Y NO ERROR

### RESPONSABILIDADES

Cuatro grupos de responsabilidad penal presenta el error de Osa de la Vega. La del pueblo vengativo que oprime y coacciona la conducta de los magistrados; la de los guardias que maltrataron a los supuestos reos; la del juez que instruyó el sumario, y, por último, la de Grimaldos y su familia, caso de que conociera el primero la condena de sus amigos o de que los parientes de la falsa víctima fueran sabedores de que vivía.

La responsabilidad del pueblo es en exceso difusa e inexigible. La de Grimaldos y sus familiares no sé si está comprobada, y el marco de un artículo es harto estrecho para componer hipótesis. En cambio puede discurrir sobre firmes bases en lo tocante a la responsabilidad del juez y de los guardias civiles, cuyas violencias han sido proclamadas de real orden.

### RESPONSABILIDAD DE LOS GUARDIAS CIVILES

Parece perfectamente comprobado que los guardias, improvisados policías, emplearon con León y Valero violencias inusitadas, que adquieren la categoría de tormentos. Estos hechos, en un sentido amplio, pueden ser constitutivos de coacciones, y caerían entonces dentro del artículo 510. Ahora bien; las coacciones usadas en este caso no pertenecen a la clase genérica de violencias innominadas, sino que se concretan y definen en la figura delictiva de las lesiones, que, sin duda, tardarían en curar más de un mes. Así hallo, con aplicación al hecho en que me ocupo, este artículo de nuestro vigente Código penal.

«Artículo 431. El que hiriere, golpeare o maltratare a otro será castigado como reo de lesiones graves... 4.º Con la pena de arresto mayor en su grado máximo a prisión correccional en su gra-

do mínimo, si las lesiones hubieren producido a, ofendido enfermedad o incapacidad para el trabajo por más de treinta días.»

Observemos además que el delito se perpetró con alevosía, ya que los infelices maltratados, sujetos por las esposas, no podían defenderse; que el hecho fué premeditado, y que se prevalieron los culpables de su carácter público. Estas circunstancias son agravantes y se hallan consignadas en los números 2.º, 7.º y 11.º del artículo 10 de nuestro Código. Una de las dos primeras (la alevosía, por ejemplo) nos sirve para aplicar el párrafo segundo del citado artículo 431, que así reza: «Si el hecho se ejecutare... con alguna de las circunstancias señaladas en el artículo 418 (es decir, alevosía, precio o promesa remuneratoria, por medio de inundación, incendio o veneno, premeditación conocida y ensañamiento), las penas serán la de prisión correccional en sus grados mínimo y medio, en el caso del número 4.º de este artículo.»

Las otras dos agravantes que existen además sirven para imponer la pena en su grado máximo, conforme mandan los números 3.º y 6.º del artículo 82.

En consecuencia, los guardias violentos que infirieron las lesiones deben ser condenados a cuatro años y dos meses de prisión correccional, aplicando taxativamente los preceptos de nuestro Código en vigor.

Importa dilucidar ahora un tema de superlativo interés. Está demostrado con suficiencia que los guardias no hicieron más que cumplir órdenes del juez, y que usaron de sus expeditivos medios, incluso a presencia del encargado de instruir el sumario. Tan tercamente se ha repetido esto, que se adivina el móvil de tanta insistencia. Los guardias y los que les protegen querrían guarecerse bajo número 12 del artículo 8.º del Código penal, en que se aprecia una causa eximente para «el que

obra en virtud de obediencia debida». El mismo Código demarca los confines de esta justificante con el adjetivo de «debida». Desde Rossi se puso un límite, una valla insalvable, a la dirimente de obediencia a las órdenes de la autoridad: no puede ampararse en la justificación el que obedece un mandato cuyos hechos «habent atrocitatem facinoris». Es decir, que cuando se ejecuta una orden en la que lo encargado es *evidentemente delictivo*, no puede quedar exento de pena el que perpetró el hecho por supuesta sumisión gerárquica.

Además ha declarado varias veces nuestro Tribunal Supremo, que para que la obediencia sea debida es necesario que el que manda lo haga dentro del círculo de sus atribuciones. Si un Tribunal dicta, con absoluta injusticia, una sentencia de muerte, el verdugo no tiene más remedio que cumplirla, si la forma es correcta, porque los magistrados pueden imponer esa pena cuando el Código la consigna, y condenar está en el área de sus facultades. Pero si los jueces ordenaran al verdugo que sacara los ojos al reo, éste, si obedece, no hallará justificante para su actitud, porque no siendo el cegar una penalidad vigente, no entra en la esfera de las atribuciones judiciales el infligir este castigo, y, por tanto, los hechos «habent atrocitatem facinoris»: es decir, que la orden envuelve evidentemente la comisión de un delito.

Así, los guardias que maltratan a los presuntos culpables por mandato del juez, perpetran un acto que tiene evidencia delictiva y que el instructor del sumario no puede ordenar. Los que lo ejecuten saben de antemano que se hacen reos de un delito, rara vez castigado hasta ahora, merced a una viciosa relajación de la justicia; pero cuya delictuosidad es palmaria. La intervención del juez hace que surja un culpable más; pero ello no justifica ni atenúa la conducta delictiva de los guardias agresores.

## RESPONSABILIDAD DEL JUEZ

Dilucidada ya la parte que corresponde a los que obraron en funciones de policía judicial, debe ser investigada ahora la responsabilidad del juez que compuso el sumario. En realidad, su conducta es constitutiva de un delito muy grave que, por desgracia, no halla riguroso ajuste en nuestro Código penal. He aquí un crimen que por ausencia de tipicidad, por falta de figura delictiva, no puede ser sancionado en nuestra ley como debiera serlo, atendida su magnitud y la peligrosidad del agente. Contentémonos, pues, con recorrer algunos de los artículos del Código español para alojar ciertos hechos concretos en la fórmula en que tengan más fácil cabida.

Desde luego no puede aplicarse el artículo 366, que pena la prevaricación culposa, puesto que

el texto alude al juez que dicta sentencia, y el señor Isasa no hizo más que instruir el sumario.

En cambio, fundándonos en que el sumario resultó falso, acaso pudiera invocarse el artículo 314, en que se castiga la falsificación de documentos públicos, puesto que el mentado artículo dice: «Será castigado con las penas de cadena temporal y multa de 500 a 5.000 pesetas, el funcionario público que abusando de su oficio cometiere falsedad... 4.º Faltando a la verdad en la narración de los hechos.» Ciertamente que este inciso no puede aplicarse exactamente, porque el Código pena aquí un delito doloso; pero no es menos cierto que el juez pudo y debió prever la injusticia, ya que había cometido numerosos actos ilegales, y que pudo y debió prever que las confesiones obtenidas por la violencia fueran inexactas. Entonces aparece una figura de falsificación culposa, que puede ser encajada en el artículo 581, definidor de los delitos por imprudencia.

Más concretamente, las violencias ejercidas sobre León y Gregorio, que el juez ordenó y presencié, pueden serle incriminadas del mismo modo que para los guardias civiles, ya que no sólo se es autor por perpetrar materialmente el hecho, sino que—conforme al número 2.º del artículo 13—se consideran autores «los que fuerzan o inducen a otros a ejecutarlo.» Las mismas agravantes que concurren en los guardias delincuentes las hallamos en el juez instigador: alevosía, premeditación y prevalerse del carácter público que ostenta el culpable. La pena obtenida para aquéllos es aplicable aquí: cuatro años y dos meses de prisión correccional.

Obsérvese que nada se adelantaría invocando además el artículo 581—derivado del 314—, puesto que se trata de una serie de actos constitutivos de una sola acción, que vulnera dos artículos distintos; es decir, que nos hallamos en presencia de un concurso ideal. A él alude el artículo 90, al decir: «Las disposiciones del artículo anterior—que legisla el concurso real—no son aplicables en el caso de que un solo hecho constituya dos o más delitos o cuando uno de ellos sea medio necesario para cometer el otro. En estos casos se impondrá la pena correspondiente al delito más grave, aplicándola en su grado máximo, hasta el límite que representa la suma de las dos que pudieran imponerse, penando separadamente ambos delitos.» El delito más grave lo constituyen las lesiones alevosas, y, por tanto, siempre se aplicaría el párrafo segundo del artículo 431, antes copiado. Lo único que se logra es imponer la pena en su grado máximo por imperio del artículo 90; pero este resultado ya se obtuvo en virtud de la concurrencia de agravantes.

Todavía debo hacerme cargo de un argumento

de peso: las lesiones a que alude el artículo 431, en el número 4.º de su párrafo segundo sólo producen una transitoria incapacidad para el trabajo o una enfermedad que al fin cura, en el transcurso de treinta a noventa días. Las heridas materiales cicatrizaron, en efecto, sin rastro alguno de impedimento funcional; pero las consecuencias fueron terribles. Las lesiones arrancaron una confesión que retuvo doce años en la cárcel a dos inocentes. El hecho delictivo trasciende, pues, del texto articulado. Este alegato es de máxima valía, y en la imposibilidad de ajustar los actos realizados en otra fórmula más rigurosa, creo que el tribunal, al amparo del artículo 2.º del Código vigente, e interpretando el espíritu de su texto, al mismo tiempo que impone la pena mencionada, debe exponer al Gobierno «las razones que le asisten» para creer que debieran ser objeto de sanción penal más severa y más conforme a la peligrosidad del culpable.

## CONCLUSIÓN

He llegado al término de este ensayo. De la lectura del presente trabajo emerge una consecuencia: el caso de Cuenca no es un error más de los muchos en que ha incurrido la justicia de los hombres, por ser falible, como todo lo humano. No fué la concatenación de apariencias acusadoras y de consecuencias nefastas las que engendraron el error. Fueron las anomalías de un sumario iniciado con fines preconcebidos y las violencias injustificadas, causantes de la falsa confesión, las que produjeron la dramática injusticia. La índole del error se esfuma y da paso a figuras delictivas trazadas en nuestro Código penal, reveladoras de un estado peligroso de los guardias civiles y del juez instructor del proceso, que reclama urgente intervención del tratamiento punitivo.

LUIS JIMÉNEZ DE ASÚA.



## Y PERSISTE, QUE LUEGO...

**Hermana, no te inquietes, no apresures las eras...**

**Ya verás que más tarde darán su rendimiento  
como no se apresuran jamás las primaveras  
por darnos el milagro de su florecimiento.**

**Ten calma, sé paciente; las cosas verdaderas  
hermana nunca fueron el fruto de un momento.  
Y persiste, que luego, como en las sementeras  
incuba el sol, incuba también el pensamiento.**

**...Ya ves? Se va tornando en fruto la semilla;  
no fué preciso el toseo morder de la cuchilla  
para que el surco diera su bella floreseencia.**

**Sabrás que entre más pródiga la semilla, más tarda,  
Hermana, no te inquietes, ten confianza y aguarda  
porque todo se obtiene con amor y paciencia.**

ROGELIO SOTELA

# LA CAVERNA DEL MIEDO

Así habló el demente, interrumpiendo el coro de alienistas:

»No seré yo quien niegue que el miedo es un sentimiento egoísta, ni que, como tal sentimiento, radique en el espíritu del individuo, dejando sentir sus efectos de dentro a afuera, hasta exteriorizarse en nuestros actos.

»En cambio, puedo decir que yo he sentido miedo, mucho miedo, sin que jamás me haya parecido encontrar su punto de partida en el espíritu. Por el contrario, me he figurado siempre que está en el medio, en el ambiente, como si fuese los manes de los muertos. Me ha invadido de fuera adentro, hiriendo primero mi epidermis, como una ráfaga invernal, y después, pronta, violentamente, ha penetrado mis músculos, mis huesos, mi organismo, y hasta he sentido mis cabellos impregnados de ese virus morbosos, que suelen difundir en los lugares solitarios las alas tenebrosas de la noche.

»Veréis: una ocasión rendía yo un viaje penoso y prolongado. El camino era difícil: aquí un derrisco inmenso; allá un arroyo turbulento, que parecía entonar cantos de muerte; más adelante una gran piedra desprendida de la cima, interrumpiendo el paso; luego las fauces palpitantes e insaciables de una ciénaga, que parecía evocar historias espantosas de viajeros que en ella se fueron hundiendo lentamente, hasta quedar sepultados en su seno, tras un último esfuerzo, en que, convulsos de dolor, los brazos y las manos en la superficie como reptiles maldicientes en el fango, buscaron en vano un punto firme donde asirse, para sacar a flote la cabeza; y a un lado y otro del camino, las montañas, inmensos parapetos que, rompiendo la bóveda del cielo, dejasen brecha abierta a un mundo de negros nubarrones.

»Así me sorprendieron la noche y la tormenta. Y qué, ¿creéis que mi espíritu hubo de sobrecogerse ante los peligros que amenazaban mi existencia?...

»Nada de eso... En mí predominaba el instinto de conservación. ¿No son éste y el miedo cosas muy distintas?... Firme y cierta la mano para manejar la brida, atentos los sentidos a todas sus funciones, sin sobresaltos ni vacilaciones, salvando obstáculos

aquí y allá, dirigíme en mi cabalgadura hacia la base de los montes. Abandoné la bestia en tal paraje; busqué, y hallé al fin, refugio en sus lóbregas cavernas, cuyas aves nocturnas no cesaban de revolotear de uno a otro extremo de la madriguera, tocando a cada instante mi cabeza y lanzando ásperos graznidos, mientras las fuertes tronadas repercutían incesantes en las rocas.

»Y aún, en esta situación, tuve serenidad de ánimo bastante para pensar en mi reposo: estaba rendido de fatiga.

»Tendí la capa en el suelo, y poco a poco, guiado únicamente por el tacto (la vista se anulaba en aquella obscuridad impenetrable) me dejé caer sobre ella. Ya estaba seguro de pasar la noche libre de la intemperie y de las fatigas del camino. No importaba lo que pudiera acontecerme en tal refugio.

»Mas, ¡oh!, señores, ahora podéis reír de mí templanza de ánimo... No bien me había tendido en el suelo, cuando desde allá adentro, desde el lóbrego fondo de la caverna, que bien podía esconder un tenebroso infierno en sus entrañas, surgió de improviso una irresistible ráfaga de miedo, que se me vino encima, hiriéndome primero, como os dije que suele acontecerme, la epidermis, con cierto escozor indescriptible; y pronto, violentamente, aquel mágico fluido se me fué cuerpo adentro, muy adentro, y penetró mis músculos, hasta la medula de mis huesos, e inundó mi espíritu.

»¿Qué había visto?... ¡Nada!... Oscuridad por todas partes, apenas interrumpida por el momentáneo zig-zag de los relámpagos. ¿Qué había oído?... ¡Nada, nada!, como no fueran las tronadas, cuyo eco repetían cien y mil veces los huecos de las rocas. Y ni aún, hasta entonces, había pensado en otra cosa que en dar gracias a Dios, cuya mano omnipotente me había guiado a aquel sitio, un tanto seguro y confortable, en medio del caos en que los cielos y la tierra parecían confundirse.

»Al fin, la ráfaga pasó, y el ánimo recobró su entereza y su pujanza.

«Dueño de mí ya responsable de mis actos, intenté dormir a pierna suelta. Pero en vano; tronaron entonces plenamente las

montañas, con tal violencia que debió estremecerse el mismo infierno... ¡Estrépito inaudito!... No debe ser mayor el que produzcan dos mundos al chocar... ¡Oh, sí, aquella tremenda sacudida no pudo ser más que una formidable avalancha de miedo, que desde lo alto de las negras nubes invadió las montañas!... Se estremeció el ambiente; las aves que revoloteaban torpemente, tocando mi cabeza a cada instante, cayeron aturcidas; el miedo, que había invadido a la vez mi cuerpo y mi alma, heló la sangre de mis venas; paralizó las funciones de mis músculos, mientras mis atónitos ojos, abiertos de par en par en las tinieblas, debieron reflejar el fuego del infierno; en tanto oía yo cómo aquel estrépito espantoso se dividía y subdividía en estrépitos menores, hasta trocarse en un constante redoble de tambores gigantes, perfectamente distinguible del eco prolongado e imperturbable de los truenos.

»Así permanecí algunos instantes, acaso algunas horas. Sentí luego que un cuerpo pesado se me vino encima, sobre el pecho. Hice un esfuerzo prodigioso, hasta sentarme. Aquéllo se me iba adhiriendo poco a poco, vigorosamente, como si dilatándose, quisiera envolverme por completo. Horrorizado, lleveme las manos hacia el pecho; hice presión sobre algo informe, frío y viscoso, y comencé a tirar... Tiré, tiré como un desesperado entre espantosas convulsiones: al fin vencí, lo dominé, fué mío... Lo comprimí sobre mis propias piernas, con presión creciente... Lanzó un «¡Ay!...» Un solo «¡Ay!», de histérica mujer, intenso, agudo y prolongado... Un solo «¡Ay!», cuyas vibraciones llenaron mis sentidos, hasta las células más recónditas de mi cerebro, prolongándose hasta el infinito.....

»Ya no pude más: perdí el conocimiento

por completo... ¿Conocéis la historia de Epiménides, que habiendo entrado una ocasión en una cueva se quedó dormida en ella por espacio de setenta y cinco años?... Pues bien, así yo, nuevo Epiménides, dormí en aquella caverna tenebrosa, Dios sabe cuanto tiempo, hasta que una vez, un día de pleno sol y de silencio sepulcral en las montañas, me sorprendieron allí unos campesinos. Entonces se inventó la farsa de que yo era un loco, que me pasaba las noches de claro en claro en un grito prolongado..... ¡Qué ironía, si yo no había hecho más que dormir en la caverna!... Y... ¡qué sé yo cuánto más mintieron los infames!...

»¡Loco yo!... ¡Qué tontería!... ¿Y vosotros mismos no sois locos; vosotros, que me tenéis por loco estando cuerdo?... ¡Miserables, infames, venid conmigo a la Caverna del Miedo, y ya os probaré que no estoy loco!... ¿Porqué, pues, me habéis aprisionado como tal?... ¿Acaso porque no opino lo mismo que vosotros con respecto al miedo?...

»Ved, ya viene la noche pavorosa... ¡Cómo trae ráfagas de miedo!...»

Tal dijo el pobre loco, y llevándose el índice a los labios en señal de silencio, abandonó el corrillo, encorvándose, como si se esforzase porque nadie lo viese; y, encerrándose en su celda, comenzó a gritar agudamente: «¡Ay!.....»

Uno de los alienistas escribió algunas notas en su diario de observaciones, y todos recordaron cómo aquél loco, con el «¡Ay!» lastimero que ahora los atormentaba, llegó a infundir espanto por las noches a los vecinos de los montes en donde fué encontrado, sin que se supiera cómo ni cuándo entró en ellos.

ANASTASIO FERNÁNDEZ-MORERA





D. JUAN DE CONTRERAS Y LÓPEZ DE AYALA  
MARQUÉS DE LOZOYA

## SEMBLANZA

A nadie cuadraría mejor que a este literato de nuestros días el dictado de «peregrino ingenio de las Letras». El joven e ilustre poeta e historiador es actualmente el cantor apasionado de Castilla por antonomasia. En Segovia, la ciudad romántica y monumental, solar del escritor, aristócrata por el doble motivo de la sangre y de la alcurnia intelectual, formóse el poeta de «Doña Angelina de Grecia», «Romances del llano», «Sonetos espirituales», «La casa segoviana», etc.

Este ilustre escritor, caballero santiaguista y catedrático de Historia en la Universidad de Valencia, es el verdadero poeta «muy antiguo y muy moderno» que decantó el divino Rubén. Empero sus grandes facultades para los más varios motivos, ritmos y formas, destaca como pintor apasionado de las tierras de Castilla y las inquietudes de sus hombres. El sentimiento histórico ha logrado arrancar de su lira las más delicadas armonías. Alguien ha apuntado que siendo descendiente de linajes que favorecieron el alzamiento de las

Comunidades, parece como revivir en algunas de sus composiciones el espíritu de aquellos rebeldes. Lo cierto es que en sus estrofas se nos da el alma de la región ancestral, la reminiscencia de su pasado y la elegía que en ella marcó el devenir del tiempo. Hoy día, en que tan contados son los verdaderos genios poéticos, este artista puro, que cultiva preferentemente la forma clásica, reviste una significación y alcanza un valor imponderables.

Una exquisita emoción clásica emana de sus versos más significativos, en cuya ejecución se complace el Marqués de Lozoya. Y tanto en los de carácter épico como en los de mera sencillez narrativa, la perfección es idéntica. Los *cantares de gesta*, los exámetros, tan vibrantes como los del Romancero; el verso de *tercia vía*, digno gemelo de las serranillas del Marqués de Santillana, etc., ofrecen una limpidez y una musicalidad de singular realce, que cautiva a quien los conoce.

A. D.

# NOCHE EN LAS ERAS

¡Largos días estivales, en que abrasa el sol la tierra  
y se ve, en el horizonte, la línea azul de la sierra,  
tan vaga como un ensueño de esfumada lejanía!  
Trabajaron sin reposo los labriegos todo el día,  
y, al tenderse las tinieblas por el haz de la llanura,  
se rindieron al cansancio de la vida recia y dura.  
El ruido de la jornada cesaba en el caserío...  
Velaba yo en el silencio de aquella noche de estío.

En el mar de los trigales, de sonoras ondas de oro,  
calló de las sabandijas el lento y solemne coro;  
no turbaban el silencio de la campiña tranquila  
ni el murmullo de una fuente, ni el latido de una esquila;  
bajo el cielo constelado de aquella noche serena  
velaba sólo mi duda y hablaba sólo mi pena.

Pensaba en los agosteros, dormidos sobre los haces;  
les ví en su labor del día, valerosos y tenaces.  
¡Hasta el viejo, casi inútil, templaba la sed del mozo  
llevando en sus cantarillos el agua fresca del pozo!  
Hasta los niños ganaron su trozo de pan moreno,  
guiando a los mansos bueyes de dulce mirar sereno!  
Entonces miré mi vida con vergüenza y con hastío:  
¡Todos cumplieron tus leyes; todos menos yo, Dios mío!  
¡En el día de Justicia tendrá mi frente rubor  
ante las frentes unguidas por el polvo y el sudor!

Bajo el cielo rutilante, que hablaba de eternidad,  
por nuestras hondas miserias sentí una inmensa piedad;  
recordaba mis ensueños, marchitados siempre en flor;  
mis anhelos de ser útil, mis ansias de ser mejor;  
y lloré sobre mi vida; la pobre vida baldía,  
que no corrió por sus cauces ni supo encontrar su vía.  
Dióme entonces en el rostro como el soplo de un aliento,  
y oí una voz, confundida con el susurro del viento:  
«¡La vida no es siempre lucha, que es amor y es oración;  
reza por los que trabajan, y levanta el corazón!»

Bajo el claro firmamento del estío de Castilla,  
en el polvo de las eras doblé luego la rodilla.  
Encomendé nuestras penas a Aquél que sabe contar  
las estrellas de los cielos y las arenas del mar;  
y recé por los ancianos caducos y temblorosos  
que añoran el sol de antaño; por los mozos vigorosos  
que al compás de las segures cantan cantares de amores,  
y por los niños pastores dormidos junto al rebaño.  
Y, rezando todavía, oí a una alondra temprana  
y ví temblar en los cielos la estrella de la mañana.

# CANTO AL LABRANTÍO

¡Tierras de pan y vino! ¡Campos de la ribera,  
donde, en tiempos heróicos, hicieron sementera  
los hombres que hasta el Duero llevaron la frontera!

Con púrpura y con oro fuisteis engalanadas  
por la gracia divina. ¡Barbecheras doradas!  
¡Inmensas lejanías, azules y moradas!

¡Tierras de la llanura, del claro sol esposas!  
Espigas son la gala de las bodas gozosas,  
y cárdenos racimos, como piedras preciosas.

Las lluvias otoñales os besan con amor,  
y en el surco reciente, que exhala un suave olor,  
simientes bendecidas esparce el sembrador.

El sembrador, que sueña con la rubia gavilla,  
las hoces relumbrantes, las eras de la trilla,  
¡las ardientes jornadas bajo el sol de Castilla!

¡Los carros de las mieses ya cubren el camino!  
¡Ya canta sus cantares el agua del molino!  
¡Ya cuecen las hornadas del buen pan campesino!

El pan, que desde el arca llena toda la casa  
de un olor saludable. ¡Pan que se da sin tasa  
a la Iglesia de Cristo y al mendigo que pasa!

El trabajo de un año se cifra en su rondel;  
por eso, al repartirlo sobre el blanco mantel,  
los viejos labradores hacen la cruz en él.

La vid de nuestras tierras es un divino don;  
sus pámpanos jugosos, cristiano emblema son;  
el vino es un regalo que alegra el corazón.

Vinillo de cosecha: ¡cuánto yo te venero!  
De todos los ancianos amigo verdadero,  
que el sol de otros agostos guardas para el Enero.

En el fondo del cuenco, duerme el viejo cantar  
de los mozos de antaño, que hollaron el lagar,  
y hoy buscan, temblorosos, la lumbre del hogar.

Tú guardas la alegría de vendimias lejanas;  
cuando era el sol más tibio, y eran mozas galanas  
las viejas que gobiernan su rueca en las solanas.

¡Llanos amplios y alegres! ¡Dichosa tierra mía  
que ofrece en los altares su ofrenda cada día!  
¡Tierras de pan y vino para la Eucaristía!

JUAN DE CONTRERAS  
Marqués de Lozoya

## VIRIATO VISTO A TRAVÉS DE DOS MENTALIDADES

Siempre que se evoca el espíritu guerrero de la estirpe íbera a lo largo de las edades, se halla su alegoría más fiera y contundente en la figura relampagueante y victoriosa del caudillo lusón. Guerrero de una pieza, sin oropeles y mixtificaciones, su efigie encierra un purismo encantador y resume excelentemente las primitivas esencias del iberismo.

Al esfuerzo de don Adolfo Schulten, profesor de Erlangen, y al de nuestro llorado compatriota don Joaquín Costa, se deben los rasgos más amplios y docentes de aquella epopeya. Schulten, da la clave de la geografía y la magia de la estrategia en todo su esplendoroso triunfo. (Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo, 1920. Santander). Joaquín Costa, perfora el enigma del estrato social. (Biblioteca Costa «Tutela de pueblos en la Historia»). El investigador germano dice: «tales trabajos necesitan ante todo dos cosas: 1.º, el estudio de las fuentes antiguas; 2.º, el conocimiento del terreno.» De ahí que quien así piensa, conviva gran parte del tiempo entre nosotros y pueda arrogarse el derecho de llamar a España, como Sertorio, su segunda patria. Para el cerebro aragonés, no se llegará a conocer la verdadera entraña de tan lejanos sucesos mientras no se haya revelado profundamente el estado económico de los íberos.

Cada uno desde su mirilla y deshojando los mismos textos, logran felizmente, reintegrarnos a la acción viva del famoso guerrillero ibérico. Son los dos trabajos de conjunto más serios conocidos hasta la fecha.

### Antecedentes sociales de aquella era.

Cuenta don Joaquín Costa en su ya citado libro «Tutela de pueblos en la Historia», que al advenimiento de las hordas celtas, las comarcas y tribus íberas que no pudieron resistir su ímpetu, quedaron sometidas a tributo pasando a ser esclavos de los nuevos señores todos los íberos que antes vivían en condiciones de libertad y bajo un régimen de trabajo procomunal, perdurable en los Vacceos—tierra de Campos—que salieron indemnes de la ola invasora.

Las comarcas más ricas y cultivadas, eran las cercanas al Atlántico y al Mediterráneo, lugares de magnificencia y civilización oriental, con moradores de suave carácter, inexpertos en el manejo de las armas, pero inteligentísimos en el saber hacer de la vida un regalo y del campo un Edén.

En Lusitania, patria de Viriato, como en Celtiberia y en el suelo carpetano y vetónico, reinaba la anarquía y el pillaje, engendro feroz del régimen de esclavitud establecido por los celtas y a causa también de la pobreza y aridez que ofrecía la tierra. Los más vivían azotados económicamente por los menos. Despojados los íberos de sus haciendas y medios propios de sustento por los invasores, tenían que trabajar el campo y cuidar el ganado en calidad de esclavos—mientras los sojuzgadores distraían sus ocios organizando cacerías,—llevando además adscripto a su rigurosa servidumbre, el derecho de contribuir con las armas y con la vida en las guerras que de tribu contra tribu promovieran los señores.

La válvula de escape, la abría el elemento joven alistándose de mercenarios en las filas de los ejércitos extranjeros, o por lo general, formando numerosas y terribles falanges que buscaban remedio a su precaria situación en la azarosa vida del bandolerismo. Una vez equipados para el robo, caían como un meteoro sobre las zonas más ricas, devastándolas con saña de casta despojada y escarnecida. Habitaban los parajes cimeros y eran diestros y veloces para escalar las alturas dejando burladas las huestes de los nobles que perseguían su rastro con el propósito de castigar las depredaciones sufridas. El objeto principal del robo era el ganado, materia fácil de transporte y de insuperable valor entonces. Para prevenir el asalto de tales bandas, hubo de construirse grandes fortalezas, especie de atalayas—de las cuales nos habla Tito Livio—, que sirvieran a la par que de vigía, de encierro y seguridad a la recua.

Los agobios y el encadenamiento, alzaron repetidas veces a la plebe o clases humildes contra los señores, originando trágicos sucesos, revueltas y algaradas. Así los hallaron en ocasiones los cónsules romanos al entrar en la Península, viéndose precisados para calmar la furia popular, a repartir tierras y poner a los menesterosos bajo su custodia.

En los siglos del Imperio romano, el problema íbero estaba circunscrito a la tierra. Por eso el cónsul o pretor que más lotes donaba en cultivo, más ciudades adhería a la causa de Roma. Las hordas que profesaban la guerra y la vida de rapiña, capitulaban siempre que se les ofrecía tierra.

Tal estado de vida y procedimiento protector, favoreció la dominación romana, como más tarde, idéntico régimen de esclavitud y bandolerismo, facilitó la llegada de los godos, y al reproducirse, siglos después, había también de dar franquicia absoluta a la fauna islamita que vadeó el Estrecho a las órdenes de Tarik.

### El héroe y su genio militar.

«La guerra de independencia—dice Schulten—que los iberos sostuvieron doscientos años contra Roma, culmina en dos grandes figuras: Viriato y Sertorio.» Viriato, según las breves noticias que de su vida arrojan los textos antiguos, se había desarrollado en las Sierras consumiendo parte de su vida en las faenas de pastor, y el resto, en el ejercicio de la cuatrería en cuadrilla. Su cuerpo manifestaba una vigorosa complexión, ganaba con la soltura del gamo lo inaccesible y era duro o los rigores como un risco. De rango plebeyo vióse de pronto por azares de su genio y de las circunstancias, elevado a la categoría de jefe y aureolado con el reconocimiento de rey. Era por naturaleza sobrio en el regalo, sufrido para el trabajo y la escasez y rapidísimo en concebir. Del botín, tenía por norma no adjudicarse parte superior que la que correspondía al último soldado y aún después solía repartirla con los más distinguidos de su séquito. Sentía gran desprecio o indiferencia por las riquezas y presagiaba una firme confianza en sí mismo. A la precisión de palabra unía la virtud persuasiva. Conocía todos los recovecos de su comarca, radicando siempre su baluarte en las alturas. El día de su desposorio con la hija del príncipe Astolpa, permaneció silencioso apoyado en la lanza sin dar la menor importancia a la ostensible opulencia del suegro y, del banquete, sólo tomó un poco de pan y de carne para su gente, sacrificó a los dioses y se lanzó con su esposa sobre el caballo camino de la montaña.

La táctica guerrera empleada por Viriato en sus luchas contra el Imperio romano, fundábase en la estratagema. Un ardid le daba siempre la victoria. Jamás presentaba batalla regular frente a las águilas del Tíber. Unas veces caía con sus guerreros de improviso sobre las legiones romanas destrozándolas antes que se preparasen para el combate y, otras, después de comenzar batalla, simulaba sagazmente la retirada como si estuviera vencido, huyendo a campo traviesa, pero pronto daba la vuelta con el ímpetu y la celeridad del rayo aniquilando instantáneamente a las fuerzas que le perseguían, o de mejor suerte, conducía a los cónsules y pretores con todo su pertrecho de guerra, a hondos desfiladeros o parajes donde el manejo de las armas no fuera posible

y capitulasen a su antojo o recibiesen la muerte.

Los hechos más resonantes de Anníbal, ibero también, puesto que en Iberia pasó toda su mocedad, emerjen de una táctica semejante seguida después de Viriato contra los aliados de Sila por Sertorio. El ardid, como táctica de guerra, suministró el triunfo sobre Roma a estos tres grandes guerreros, iberos por la sangre y por el temperamento.

Pertenece Viriato a la casta de héroes sin trayectoria egregia, pero que por conmoción subconsciente operada ante el peligro, subvierten de golpe su baja condición de clase, emparejándose con los dilectos del Olimpo. El historiador Mommsen le otorga la enseña de héroe homérico.

Sin embargo, en el plinto de sus hechos guerreros y bárbaro perfil de pastor queda reminiscentemente la antinomia y la duda. Legitimamos, por ejemplo, en las páginas de la Historia, las figuras valientes y geniales de Alejandro, Anníbal, Escipión, Sertorio y César. A estos grandes generales les alumbraba el ejemplo y la vida de sus antepasados. Todo en ello fué tutoría, luz, formación espléndida. Pero, a Viriato ¿de dónde le venía el genio? ¿Puede darse, a caso, en forma repentina? Más bien todas sus acciones obligan a creer que su condición era superior al hábito de la raza céltica. O como insinúa Costa, que fuera un descendiente de aquellos seres libres que al sobrevenir la irrupción celta, quedaron estigmatizados de esclavitud.

### Síntesis del poderío romano durante la epopeya viriática.

Antes de desarrollarse la contienda viriática, Roma había sometido en España la costa del Mediterráneo, toda Andalucía y la meseta; lo que entonces se denominaba provincia citerior y ulterior. Tenía terminada la segunda guerra púnica habiendo desaparecido del escenario bélico la sombra fatídica del general ibero-cartaginés con su victorioso cortejo del Trebia, Trasimeno y Cannas. Bajo su pie, palpitaban azogadamente Grecia y el territorio asiático de Antíoco, y sus anales se mostraban esmaltados con generales tan famosos y hombres de naturaleza austera como Camilo, Quinto Fabio Máximo, los Escipiones, Marcelo, Sempronio Graco, Catón el Viejo, y Paulo Emilio. Era pues, el momento más glorioso y más sólido del Imperio si bien la guerra civil, entreabría sus fauces de monstruo devorador.

De los cónsules y pretores enviados a España los más benignos con los iberos fueron los Escipiones y Sempronio Graco y los más despiadados y felones Lúculo y Galba. La primera tierra que pisaron los romanos con ánimo de conquista después de Sicilia, fué la Península ibérica y también la que más tar-

daron las águilas en someter. Lo que en la Galia se verificó en un soplo—diez años—en España duró dos siglos. En España pelearon los más altos generales y se dirimieron las luchas civiles de la República.

Todo ello fué debido a que en los iberos, resaltaba la facultad del coraje doblemente que en las demás razas. El tipo de guerra ibero se cotizaba en todos los campamentos extranjeros. Poseían el coraje pero nada más. En las refriegas que sostuvieron contra la dominación del coloso romano faltó siempre el caudillo—olvidemos a Mandonio e Indibilis—la dirección experta en los combates, y, sobre todo, la unidad de tribus.

Apena leer en Tito Livio la descripción de las batallas y ver cómo las bandas iberas se arrojaban sin pericia ni concierto sobre las legiones perfectamente organizadas y cómo éstas, las degollaban sin el menor quebranto por su parte. Cada ciudad se regía sólo por su particularismo, peleando cuando le llegaba la hora con fiero empuje, aunque de antemano supiera que lo hacía sin logro de éxito ninguno. Para los cónsules, la batalla se decidía antes de empezar. Bastaba una simple simulación ante los iberos, para cazarlos y destruirlos. Pero el temperamento ardiente de guerra que soplabá en el ámbito peninsular congregaba nuevas fuerzas instantáneamente. Con Viriato, el drama y la decoración cambian por completo. No se entra ciegamente al combate; se otea primero la topografía y se calcula con todo rigor estratégico la victoria. Cuando el guerrillero lusón se lanza, pega.

#### La hora de Viriato.

Comienza la guerra luso-romana por efecto de la perfidia de Galba. Viriato figuraba entre los sometidos al pretor y fué uno de los pocos que tuvieron la suerte de escapar al acero de las legiones. Pronto resonó por las comarcas de Iberia el degüello cometido por Galba con los que habían depuesto las armas seducidos por la promesa de recibir tierras que trabajar y vivir una era de fecundo descanso. Tan infamante suceso levantó deseos de venganza en el corazón de los iberos. Aconteció que, rehechos los lusitanos y hallándose merodeando por la feraz Turdetania, el procónsul Vetilio que gobernaba la provincia ulterior, los cerró el paso de tal forma, que no cabía más que entregarse o perecer. Mas en el preciso momento de concertar la capitulación a base de recibir tierras y abandonar el bandolerismo—como se convino anteriormente con Galba—se yergue Viriato recomendando el ataque. Los lusitanos que recelaban de los romanos, reaccionan ante el peligro, y, dejándose llevar de las instrucciones y maniobras sugeridas por Viriato, logran salir indemnes del lugar en que los tenía copados Vetilio

y consiguen por medios arteros atraer a éste y a las legiones, a un desfiladero de la serraña de Ronda, donde halla la muerte y sus hombres sufren un gran descalabro.

Este hecho preparado de antemano con sumo cálculo, le cubre de gloria y le proporciona el mando del ejército para nuevos ataques que se coronan con igual beneficioso resultado. Su pueblo enardecido por las victorias, le rodea y le sigue en las expediciones que realiza por las comarcas turdetana, vetónica, carpetana y celtibera. Con Viriato, la guerra se formaliza y dijérase que llegaba la liberación para las provincias españolas. Celtiberia, alentada por la oportunidad que ofrecían las victorias del guerrillero lusitano reproduce el alzamiento. Viriato es la tea y el rayo. Al tiempo que insubordina ciudades, hiende legiones y acorralla y pone en fuga deshonorosa procónsules y pretores reconquistando casi todo el suelo español. Los romanos veían en él una especie de león con mezcla de semidiós engendrado por el viento y la soledad en las alturas. Sus triunfos y razzias alarmaron de tal suerte al Senado romano que hubo que reemplazar la pretura por el consulado.

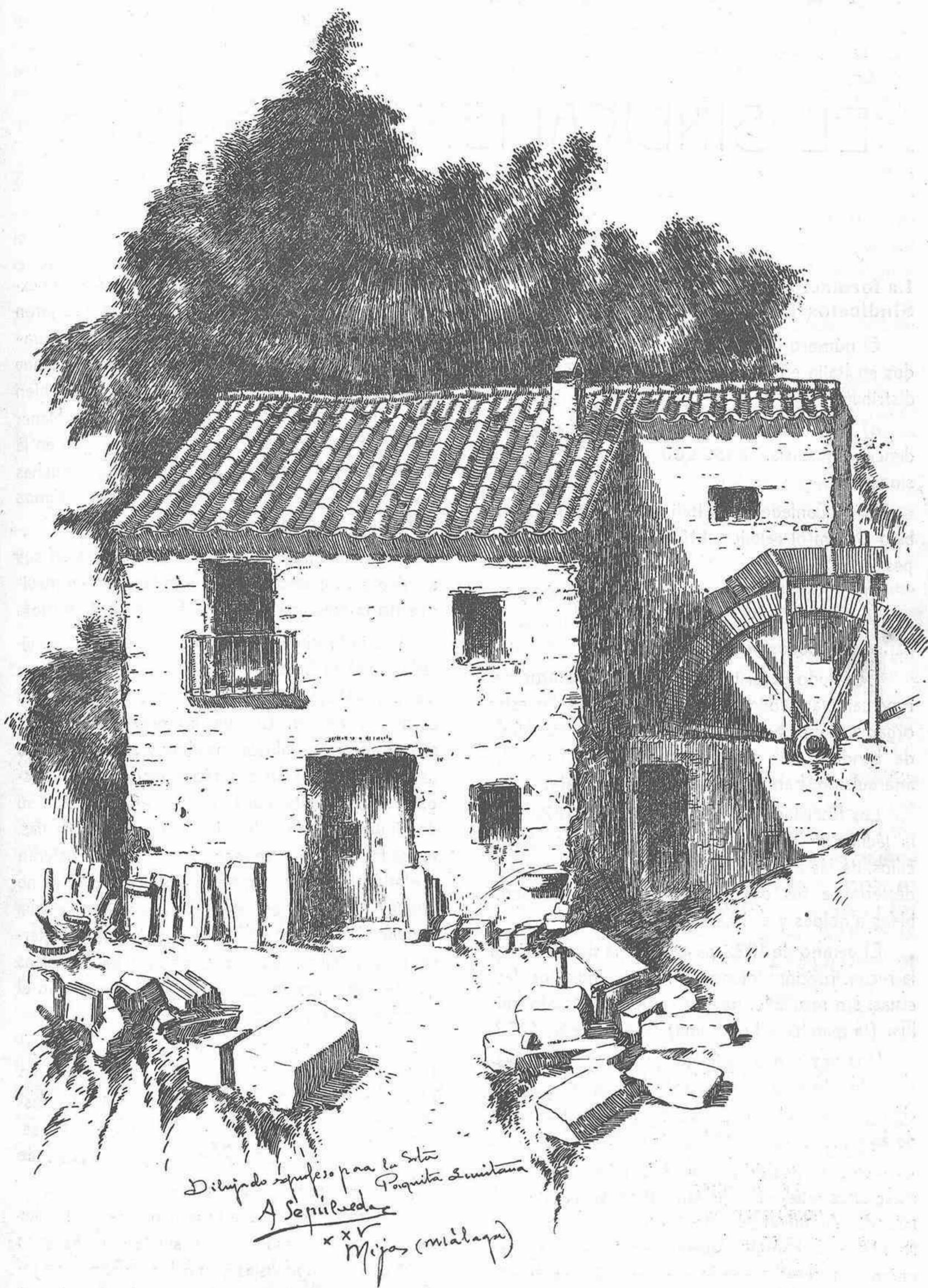
Pero por desgracia, para los peninsulares, el levantamiento favorecido por la diestra de Viriato no tuvo plan concertado, combinándose bajo una sola bandera y causa. Cada cual luchaba por sí, disgregado de los otros grupos, impelido por ese fatal rasgo étnico particularista que ha marcado la pulsación hispana en todos los órdenes de la actividad política y social a través de los ciclos históricos.

A los ocho años de guerra cae Viriato asesinado por los suyos durante el sueño. Las águilas recobran lo perdido y Numancia sucumbe al brazo del último Escipión. Más tarde se repetirá el espectáculo viriático con el proscrito Sertorio y, como aquél, pagará su tributo a la tierra de manos de sus allegados. Roma se deshacía de sus enemigos así.

Para darse cabal cuenta de la sugestión y viva reverencia que sentía por Viriato su pueblo, basta transcribir estas líneas de consagración póstuma sacadas del admirable trabajo de Schulten:

«Los lusitanos—dice—rindieron a su caudillo honras casi divinas. Primero quemaron el cadáver sobre una hoguera gigantesca y con él muchas víctimas. Mientras las llamas consumían el cadáver, todo el ejército de a pie y de a caballo, evolucionaba al rededor de la pira entonando cantos en alabanza del caudillo como si fuera la última revista. Apagadas las llamas todos se sentaron con muda tristeza. Al final se construyó un túmulo y doscientas parejas representaron un simulacro de combate».

EUGENIO DOMINGO



APUNTE DEL NATURAL

por A. Sepúlveda.

# EL SINDICALISMO FASCISTA

---

## La formación de los Sindicatos fascistas

El número de obreros y campesinos sindicados en Italia el año 1920 era de 3.833.000, así distribuidos:

a) «Confederación General del Trabajo», tendencia socialista, 2.150.000 (760.000 campesinos).

b) «Confederación Italiana de Trabajadores», bajo el control católico, 1.183.000 (950.000 campesinos).

c) «Unión Sindical Italiana», formada principalmente por anarquistas y sindicalistas revolucionarios, casi todos obreros: 500.000.

Hoy todo fascista puede decir: «Nosotros hemos cambiado todo esto». En efecto, todas estas organizaciones han desaparecido, o han cambiado de bandera: del socialismo, del catolicismo, del anarquismo, han pasado a la «fe nacional».

Los fascistas debutaron, en 1921 y 1922, con la táctica de la demolición: incendio de los domicilios, de las asociaciones, registros, golpear, matar, desterrar a los organizadores, disolver las asambleas a golpes y a tiros.

El verano de 1922 pasaron de la demolición a la reconstrucción: intentaron fundar sindicatos fascistas, sin resultado, hasta el golpe de Estado militar (la marcha sobre Roma) de octubre de 1922.

Una vez conquistado el gobierno, a la destrucción que resultaba muy bien y a la reconstrucción que resultaba muy mal, los fascistas hubieron de agregar nuevos medios de presión más eficaces.

Los prefectos de provincias suprimían las organizaciones que no querían adherirse al Partido fascista y nombraban «comisarios» encargados de liquidar sus bienes. Cuando los fascistas conseguían agrupar en un pueblo cierto número de afiliados a un sindicato «nacional», los domicilios del antiguo sindicato, los fondos, los inmuebles, las máquinas, las existencias de las cooperativas pasaban a ser propiedad del nuevo sindicato; se verificaba la expropiación sin necesidad de ninguna ley.

Bajo la amenaza de la disolución o de la expropiación muchas organizaciones se cobijaron bajo la bandera fascista. Las cooperativas de trabajos públicos, particularmente, resistieron muy poco a la presión porque necesitaban estar bien vistas por las autoridades públicas a fin de obtener trabajo y evitar las dificultades que surgen en la ejecución de los contratos. Por esta razón muchas cooperativas socialistas, católicas y de antiguos combatientes se pasaron a las filas fascistas.

Para aumentar el número de afiliados en sus sindicatos, los fascistas pusieron también en movimiento la máquina del «sindicalismo obligatorio».

Los industriales, terratenientes, etc., eran «invitados» por la Sección fascista de su municipio a no dar trabajo sino a las personas portadoras del carnet del Fascio. El que no obedecía corría el riesgo de ver su fábrica invadida y saqueada, o su ganado muerto y sus cosechas incendiadas; arriesgaba ser golpeado, por la noche, al regresar a su domicilio, e incluso de día; para evitar molestias, todos los patronos se sometían, aunque hubieran preferido hacer lo contrario. El obrero que no quería inscribirse en el Sindicato fascista, estaba condenado a morir de hambre; tenía que someterse e inscribirse. La ironía popular bautizó a los que se inscribían en los sindicatos fascistas con el nombre de «prisioneros de guerra».

El Secretario del sindicato fascista no era elegido por los sindicatos. El mismo Mussolini designó el Secretario general de los sindicatos fascistas: Rossoni, el cual, a su vez, designaba los secretarios provinciales y éstos a los secretarios de las organizaciones comunales.

Habiendo recibido la investidura de arriba, los secretarios no consultaban a sus asociados para tratar con los capitalistas y con los patronos negociaban los contratos y los imponían hechos al rebaño. El obrero que protestaba era golpeado.

En muchas fábricas, principalmente en las metalúrgicas, los obreros tenían, hasta el presente, un recurso para manifestar sus sentimientos antifascistas; podían elegir anualmente las «comisio-

nes internas», es decir, comités encargados de representarles en las cuestiones de disciplina o administrar sus sociedades de socorros mutuos. Estas elecciones se celebraban en el interior de las fábricas, sin admitir a nadie que no fuera obrero. Los candidatos fascistas eran siempre derrotados porque, entre los obreros, no había fascistas o había muy pocos. He aquí algunos de los resultados de las elecciones de 1925:

Turín: Automóviles Fiat: socialistas reformistas; 8.749 votos; comunistas, 8.729 votos; fascistas, 0.

Turín: Fundiciones Piemontesi: candidatos de la F. I. O. M. (Federación Italiana de Obreros Metalúrgicos), 1.052 votos; fascistas, 6.

Torrevelbicino: F. I. O. M., 168 votos; fascistas, 2.

Roma: Fábricas Tabornelli: F. I. O. M., 83 votos; fascistas, 41.

Milán: Fábricas Riva: F. I. O. M., 389 votos; fascistas, 6.

Milán: Fábricas Cerrutti: F. I. O. M., 154 votos; fascistas, 2.

Milán: Fábricas Gallieni-Vigano: F. I. O. M., 198 votos; fascistas, 2.

Pinerole: «Officine Meccaniche»: F. I. O. M., 150 votos; fascistas, 4.

El 2 de octubre, los organizadores fascistas se pusieron de acuerdo con los industriales para abolir las «comisiones internas».

### **La Ley de diciembre de 1925.**

Así estaban las cosas cuando, de repente, en diciembre de 1925, fué presentada una nueva ley a la Cámara de los Diputados y aprobada a tambor batiente.

Según esta ley, Italia será dividida en circunscripciones territoriales, en cada una de las cuales el conjunto de los obreros estará representado por un solo sindicato para cada categoría económica. El derecho de representar legalmente a la masa de los trabajadores pertenecerá a los sindicatos cuyos directores y miembros ofrezcan «garantía de una fe nacional segura». Los sindicatos legalmente reconocidos están siempre expuestos a perder su personalidad jurídica en cuanto no respondan a las exigencias de la «fe nacional segura». Deberán abstenerse de toda relación con los sindicatos extranjeros, salvo autorización directa y preventiva del gobierno.

Los obreros excluidos del sindicato legal podrán formar «organizaciones de hecho» que estarán bajo la inspección constante de la policía. Esta podrá, en todo momento, someterlas al control de «comisarios» gubernamentales, es decir, fascistas; también podrá disolverlas y liquidar sus bienes.

Todos los trabajadores, aun los no admitidos

en el sindicato legal, tienen la obligación de pagar una cotización anual a dicho sindicato, que será retenida por el patrono sobre el salario del obrero para entregarla directamente al «sindicato nacional».

La huelga queda prohibida y es castigada progresivamente (máximo, tres años de prisión), según se produzca en una empresa privada, en un servicio público, o por causas políticas.

Las controversias que surjan entre patronos y obreros, no sólo con motivo de los contratos de trabajo vigente, sino también para establecer nuevos contratos, serán resueltas por el Tribunal de apelación de cada circunscripción. Es como llamar ciegos para juzgar de una galería de cuadros. Los viejos magistrados no pueden comprender nada de los problemas de trabajo, que están siempre, por decirlo así, en un estado flúido y no encajan en la tradición jurídica, sobre todo si el país está, como Italia, regido por el derecho romano. Los magistrados no pueden aportar, a los problemas del trabajo, más que las costumbres procesales y conservadoras del legista; a lo más, algunos magistrados recordarán, mientras juzgan, que también ellos poseen su pedacito de terreno o algunas acciones industriales, y juzgarán en consecuencia. En último término, la ley les impone el deber de «velar en todo caso por los intereses superiores de la producción»; y todo el mundo sabe que con esta locución debe entenderse el derecho del patrono a organizar su empresa para conseguir el máximo de ganancia.

¿Qué función queda a los sindicatos, una vez suprimido el derecho de huelga y después que la solución de toda controversia ha sido confiada a los magistrados? Podrán ocuparse de la asistencia mutua, de la instrucción profesional, de la educación «moral, religiosa y nacional» de los asociados. En otros términos éstos podrán cantar en coro los himnos fascistas, y cuando estén enfermos, tendrán derecho a un subsidio. Pero la mayor parte de los gastos de la burocracia fascista y de la asistencia a los enfermos fascistas será pagada por los trabajadores no fascistas, que no forman parte de los sindicatos legales. Los sindicatos fascistas participarán, además, en todas las manifestaciones en honor de Mussolini. Y como son los únicos representantes legales de la masa trabajadora, nada de particular tiene que impidan a los otros votar el día de las elecciones políticas y elijan por unanimidad a los candidatos fascistas. Y el día que se ofrezca la corona imperial a Mussolini, ellos serán los organizadores por unanimidad del plebiscito.

En cuanto a los sindicatos no fascistas, su función fundamental será proporcionar, en la persona de sus organizadores, los rehenes sobre los que recaerá la responsabilidad de las desobedien-

cias de la masa no fascista a las voluntades de los sindicatos legales.

Después de esta ley no será necesario abrumar a los obreros refractarios. Los magistrados se encargarán de perseguirles y condenarlos; es la «normalización» que sucede a la «revolución».

Si se compara esta ley «normalizadora» de Diciembre de 1925 con la práctica «revolucionaria» seguida en los años precedentes, se percibe, entre ambos sistemas, dos diferencias fundamentales,

La primera es que para formar el sindicato «nacional», legalmente reconocido es suficiente el 10 por ciento de la masa obrera de una circunscripción. Los facistas desesperan de encontrar, entre los obreros y campesinos, más de un 10 por ciento de hombres seguros. Quizá temen que muchos obreros y campesinos sin «fe nacional segura», soliciten la carta del partido fascista e invadan los sindicatos legales para transformarlos en medios de lucha contra los patronos. Habiendo procurado, hasta el presente, hacer sindicalismo «totalitario», es decir, agrupar el mayor número posible de obreros y campesinos en sus organizaciones, hoy les parece más prudente dar al problema otra solución. Dividen la masa trabajadora en una mayoría (90 por ciento), sin ningún derecho, pero que pagará sus contribuciones al sindicato fascista, y una minoría de parásitos que devorará las contribuciones pagadas obligatoriamente por la mayoría.

La otra diferencia consiste en que los funcionarios de los sindicatos serán elegidos por los asociados, y no nombrados por la jerarquía fascista. Es verdad que la elección puede ser anulada por el ministro de Interior, si el nombrado no tiene las garantías necesarias desde el punto de vista «nacional», es decir, si pierde la confianza del partido fascista y de los patronos; y la personalidad jurídica y el monopolio de la representación podrán ser quitados al sindicato privilegiado en cuanto sea sospechoso, y se transferirán a otro sindicato, y la dirección del sindicato «nacional» puede expulsar a todo sindicato cuya «fe nacional» no es «pura». Luego la elección de los organizadores por los asociados no es más que un engaño. ¿Mas, para qué este engaño? ¿Cuál es su utilidad?

Esta inesperada novedad fué improvisada algunos meses después de la última Conferencia de la Oficina Internacional del Trabajo (Mayo 1925) y algunos meses antes de la próxima Conferencia de 1926. Tal es la explicación de la nueva ley; se ha querido evitar discusiones molestas durante la Conferencia.

#### **La Oficina Internacional del Trabajo y el Sindicalismo fascista.**

Como sabe todo el mundo, cuatro delegados

de los países adheridos tienen el derecho de tomar parte en la «Conferencia general» de la Oficina Internacional del Trabajo: dos representan al Gobierno, uno a los patronos y otro a los obreros. Los representantes de los patronos y de los obreros son también delegados por su Gobierno, pero éstos están comprometidos a designar sus representantes no gubernamentales de acuerdo con las organizaciones nacionales más representativas, si las hay, tanto de los patronos como de los obreros de sus respectivos países.

Es claro que el precepto anterior supone dos condiciones: 1.º que el derecho de organización sea libre para los obreros y los patronos que envían delegados; 2.º que la designación de éstos sea hecha de buena fe por el gobierno interesado, de acuerdo con las organizaciones profesionales más representativas. Estas condiciones, en Italia, están ausentes desde 1922. Las organizaciones no adheridas al partido fascista no podían funcionar por las violencias ejercidas sobre los organizadores, o bien eran disueltas por orden del Gobierno, o bien eran sometidas al control de comisarios nombrados por las autoridades. Mientras estas organizaciones no fascistas eran destruidas o paralizadas, se constituían las fascistas. Mas, ¿quién podía creer de buena fe que era la más «representativa» de la clase obrera italiana? Edificada mediante coacciones y privilegios, administrada por una jerarquía de funcionarios que no eran nombrados por los miembros, sino impuestos por los hombres de confianza del partido fascista, la organización sindical fascista ¿representaba a la clase obrera italiana, o bien representaba a los carceleros y verdugos?

El problema se plantea por primera vez en la Conferencia del B. I. T. de Octubre de 1923. Era la primera vez que la Conferencia se reunía después del golpe de Estado militar de Octubre de 1923. Pero el secretario de la Confederación general italiana del Trabajo que protestaba contra el nombramiento del fascista M. Rossoni, como representante de los obreros italianos, no planteó la cuestión como debía. No pidió francamente a la Conferencia que velara por su propia dignidad y por la lealtad de las discusiones negándose a reconocer al representante ficticio de una clase obrera desorganizada por la violencia, o conducida como un rebaño de ovejas a una organización ficticia. Se limitó a plantear un mediocre incidente jurídico secundario, sumergiendo a la Comisión para la verificación de los poderes bajo un diluvio de documentos probatorios de que la organización fascista comprendía patronos y obreros, y que, por tanto, el delegado designado por el Gobierno italiano era representante de una organización mixta y no podía ser considerado ni admitido como representante de los trabajadores.

La cuestión quedó reducida, pues, a pesar del talento, que para sostenerla, desplegó el representante francés León Jouhaux, a una querrela jurídica que hizo olvidar la cuestión de libertad sindical y de moralidad política que hubiera debido abordarse de frente y sin desviaciones.

Este paso en falso inicial, permitió a los representantes de los obreros y de los patronos eludir la cuestión verdadera. La Comisión de verificación de poderes debía decidir entre la Confederación general italiana del Trabajo demostrando que el representante de los obreros no era un obrero, sino semi-obrero semi-patrono, y los representantes oficiales italianos que le declaraban obrero. La Comisión formada por el representante del Gobierno belga y el de los patronos daneses declaró que no podía ponerse en duda la palabra de un gobierno. Los representantes obreros fueron los únicos que votaron contra la admisión de M. Rossoni.

El problema se planteó de nuevo en Junio de 1924. Otra vez los representantes de la Confederación italiana del Trabajo impugnaron el carácter obrero de la organización fascista sin atreverse a discutir sobre su verdadero terreno, a saber; de que modo practicaba el Gobierno fascista italiano el respeto al derecho de organización. Este era el problema que reveló claramente, saltando las barreras de las conveniencias, Jouhaux:

«Contra estas prácticas (las fascistas) nosotros, los delegados obreros, tenemos el derecho y el deber de protestar, porque son una violación permanente de los derechos conquistados por los trabajadores de todos los países, porque son la negación misma de la libertad. No nos importa que seáis o no el Gobierno de hoy o de mañana; lo que nos importa es que en vuestro país, como en los demás, sea respetado el derecho sindical, que los trabajadores tengan el derecho de organizarse libremente y que no estén bajo la férula de una dictadura vergonzante. Repetimos que las organizaciones fascistas no son organizaciones de buena fe».

Pero la verdadera cuestión fué dejada a la puerta de la Conferencia por culpa de los representantes de la Confederación italiana. El representante gubernamental romano y el nacional danés, propuestos para la verificación de poderes, no tuvieron más que recordar que el problema había sido resuelto el año anterior y que ningún hecho nuevo había surgido capaz de modificar la situación entonces aceptada. M. Rossoni fué de nuevo elegido por el bloque de los representantes de los Gobiernos y de los patronos.

En Mayo de 1925 nueva discusión. El Gobierno italiano había tratado de reducir al silencio a los elementos aún vivos de la organización sindical socialista y católica nombrando, entre los adjun-

tos técnicos a la conferencia, un católico y un socialista, dejando al fascista la representación oficial. Las organizaciones invitadas a hacerse cómplices de esta mixtificación se negaron. Finalmente, las protestas de las organizaciones italianas no fascistas esclarecieron el problema de la libertad de organización en Italia. Los representantes obreros de Inglaterra, de Francia y de Bélgica no fueron derrotados por las marrullerías de años precedentes, y afirmaron que la organización fascista no presenta ninguno de los caracteres requeridos por una organización de hombres libres y no de forzados. Los representantes gubernamentales y los patronales se unieron, como siempre para la validez, recogiendo la tesis de que no se podía dudar de las afirmaciones de un Gobierno. Esta vez fué el representante del gobierno finlandés el que ayudó al representante danés a prestar al gobierno italiano el servicio de admitir a su representante.

Pero estas discusiones perpetuamente renovadas hacen difícil la posición de los representantes italianos, aunque puesta a discusión, venza siempre su tesis.

Fue aquí la ley de diciembre de 1925. Decreta la elegibilidad de los funcionarios sindicales: los representantes gubernamentales y patronales en la Conferencia del trabajo, podrán fingir la creencia de que la organización fascista se basa en las reglas de la elección democrática, e ignorar que los funcionarios elegidos por estas organizaciones pueden ser destituidos en cualquier momento por el Ministerio del Interior. Al lado de las organizaciones legalmente reconocidas, la ley de diciembre de 1925 permite la existencia de organizaciones *de hecho*; de suerte que dichos representantes podrán adoptar el aire de creer que hay en Italia completa libertad de organización, e ignorar que las organizaciones de hecho son los últimos vestigios de un sistema que ha sido destruido por el hierro y por el fuego, y que están expuestas a ser destruidas en cuanto la policía no sepa que hacer de ellas.

### La responsabilidad del Gobierno

En todas las votaciones de la Conferencia del B. I. T. favorables a la política sindical del gobierno fascista italiano, los representantes de los patronos estuvieron en su papel. ¿Quién sabe la satisfacción que tendría M. Oersted, el representante de los patronos daneses, que siempre votó por la admisión de M. Rossoni, la instauración en Dinamarca de una ley sindical fascista apoyada por sólidos garrotes?

Los representantes de algunos gobiernos estuvieron igualmente en su sitio: por ejemplo los de Grecia, Bulgaria, Hungría, Brasil, etc... «*Asinus asinum fricat*» dice el proverbio: los asnos se rascan unos a otros. Pero que los gobiernos

de los países donde la organización obrera constituye una fuerza política importante y activa den mandato a sus representantes de votar por el llamado representante «obrero italiano», es lo que sorprende.

Claro que esta complicidad con la política sindical del gobierno facista italiano no puede ser resultado de chaneos en pasillos diplomáticos y tampoco es con seguridad el precio de servicios prestados en otro terreno por el gobierno fascista italiano a los gobiernos «amigos». No puede tratarse sino de razones perfectamente puras, impregnadas de lógica, de justicia y de lealtad internacionales. No sería inoportuno, sin embargo, conocerlas.

Los partidos obreros y los socialistas de los diversos países, después de la nueva ley italiana de 1925, no pueden consentir que sus gobiernos hagan lo que les plazca. Si aceptan sin protestar que

sus gobiernos reconozcan la situación legal de los sindicatos italianos como compatible con el espíritu y la letra del tratado que ha creado el B. I. T., será una triste derrota moral del movimiento obrero internacional. No sólo es por solidaridad moral con los obreros italianos por lo que se debe protestar, es por el proletariado internacional! Hoy es en Italia, pero mañana será en otro país. Cuando la Conferencia se vea invadida por un ejército de Rossonis, no será más que una comedia.

Hay una cuestión de principio sobre la que los demócratas y los socialistas no deben transigir. Y el lugar para discutirla no está en la Conferencia: es en los Parlamentos donde los gobiernos deben ser obligados públicamente a ser los responsables para con los trabajadores de sus propios países.

GAETANO SALVEMINI.

Profesor de la Universidad de Florencia.



## RETRATO DE UNAMUNO

San Agustín se estremece, con una especie de angustia frenética, al pensar lo que él pudo ser antes del despertar de su conciencia. Más tarde, la muerte de un amigo íntimo, su otro yo que pudiéramos decir, le asombra, le paraliza de estupor. Miguel de Unamuno, que anota cuidadosamente sus lecturas, parece que no ha anotado nunca estos dos pasajes en los cuales se refleja de manera tan nítida. Hay en él algo de San Agustín y algo de Juan Jacobo y de todos los que, absorbidos en la contemplación de su propio milagro, no pueden soportar el no ser eternos.

El orgullo de limitarse; de llevar la creación entera a lo íntimo de su conciencia, contrariada por estos dos insondeables misterios: un nacimiento y una muerte que compartimos con otros seres vivos y merced a los cuales entramos juntos en un destino común; tal es el drama único que la obra de Unamuno ha explorado en todos los sentidos y en todos los tonos.

Sus cualidades y sus vicios; su soledad imperiosa; una avaricia necesaria y muy terrena—de la tierra vasca—; la envidia, hija de este Caín cuya sombra, según un poema de Machado, se extiende sobre la desolación de la estepa Castellana; cierta pasión que algunos llaman amor y que es, para él, una terrible necesidad de propagar esta carne, cuya resurrección en el último día se nos asegura (consuelo más cierto que el que nos produce la idea de la inmortalidad del espíritu); en una palabra, nos pone de manifiesto y nos hace penetrar en todo un mundo particular que le absorbe; con sus pecados y sus virtudes cardinales que no son los de la teología ortodoxa. Esta es la humanidad que él confiesa, que no cesa de confesar, de clamar y de proclamar, pensando de este modo conferirle una existencia que no podría alcanzar nunca por la ley ordinaria de las cosas; se forma una Creación de la que no se perderá nada si no que, por su misma agregación, será permanente; sustancia y forma, organización divina, deificación, apoteosis.

Por este perpétuo análisis y sublimación de sí mismo, Miguel de Unamuno da testimonio de su eternidad. Él es eterno como

son eternas en él todas las cosas, como lo son los hijos de su espíritu, como lo es este personaje de «NIEBLA» que le arroja al rostro este grito feroz: «D. Miguel, yo no quiero morir»; como D. Quijote, más vivo que ese pobre cadáver que se llama Cervantes; como España, no la España de los españoles, sino la que él lleva dentro, la que le acompaña en sus destierros, cuya lengua y cuyo pensamiento crea él en cada uno de sus escritos, de la que pudiera decirse que es su hija y no su madre.

En Shakespeare, en Pascal, en Nietzsche, en todos aquellos que han tratado retener en su trágica aventura personal un poco de esta humanidad que tan vertiginosamente se sucede, Miguel de Unamuno se repite al añadir a la obra anterior su esfuerzo y su experiencia. Su obra no desmerece de la de estos nobles nombres: significa la misma desesperada avidez.

No puede admitir la muerte de Polonio, y que Hamlet arroje los despojos fuera de escena. «No hay derecho, señores». Protesta. Su protesta sube hasta Dios, pero no hasta la quimera fabricada a fuerza de abstracciones alejandrinas por metafísicos ebrios de logomaquia, sino hasta el Dios español, el Cristo de ojos de cristal, de cabellos naturales, de cuerpo articulado, hecho de tierra y madera, colgado de la cruz, sangrando, vestido solamente con las enaguillas que cubren su virilidad; el Dios que ha vivido entre las cosas familiares y de quien dice Santa Teresa que se puede encontrar hasta en el puchero.

Tal es la agonía de D. Miguel de Unamuno, hombre de lucha consigo mismo, con su pueblo y contra su pueblo; hombre hostil, hombre de guerra civil; solitario, desterrado, salvaje, tribuno sin partidarios, predicador en desierto, provocador, vano, decepcionante, paradójico, inconciliable, enemigo del no ser y al que el no ser devora; desgarrado por la vida y por la muerte; al mismo tiempo vivo y muerto, invencible y siempre vencido.

\* \* \*

Seguramente no quiere que en este estudio dedicado a él me esfuerce en analizar

sus ideas. De los dos capítulos de que constan generalmente esta clase de ensayos—El Hombre, Sus Ideas—no puede concebir más que el primero. La ideocracia es la más terrible de las dictaduras que él ha intentado echar abajo. Más vale en el estudio del hombre, conceder un capítulo a sus palabras que no a sus ideas. El hombre es el estilo ¿no es verdad? «*Los sentidos de sus palabras, ha dicho Pascal antes que Buffon, reciben de las palabras su dignidad en lugar de dársela*». (1)

Unamuno no tiene ideas: él es él, como también son él mismo las ideas de los demás que llegan hasta él por azar, en sus paseos por Salamanca donde encuentra a Cervantes y a Fray Luis de León; en uno de esos viajes espirituales que le llevan a Port-Royal, hasta Atenas o a Copenhague, patria de Sören Kjerkegaard, o en este otro viaje real que lo trae a París donde, inocentemente y sin asombro, se mezcla en nuestro carnaval.

Esta ausencia de ideas, este monólogo perpétuo donde todas las ideas del mundo se abrazan para convertirse en pasión viva, en problema personal, prueba ardiente, egoísmo patético, no ha dejado de chocarnos a los franceses, tan amigos de la conversación o cambio de ideas, sabia dialéctica tras la cual se oculta y desaparece la inquietud personal; tan amigos de las interviews y de las informaciones por las cuales el espíritu cede a las exigencias del periodista que conoce a su público y sabe a qué problemas generales o de actualidad debe encontrar una respuesta o solución rápida, sobre qué puntos fijos debe basar su campaña de escándalo y cuando la solución que dé ha de ser discreta. Y entre este mundo ¿qué viene a hacer, qué papel desempeña el soliloquio de un viejo español que no quiere morir?

En la marcha progresiva de nuestra especie se produce una perpétua y triste degradación de energía: cada generación se desenvuelve con pérdida más o menos constante del sentido humano, del absoluto humano. Algunos individuos aislados, al darse cuenta de la catástrofe, en su avidez terrible, no quieren perder nada de este sentido y su afán es poseerlo por entero. Este es el desasosiego de Pascal que no puede comprender cómo la diversión es el motivo de vida de sus contemporáneos. Es el desasosiego de los grandes españoles para quienes

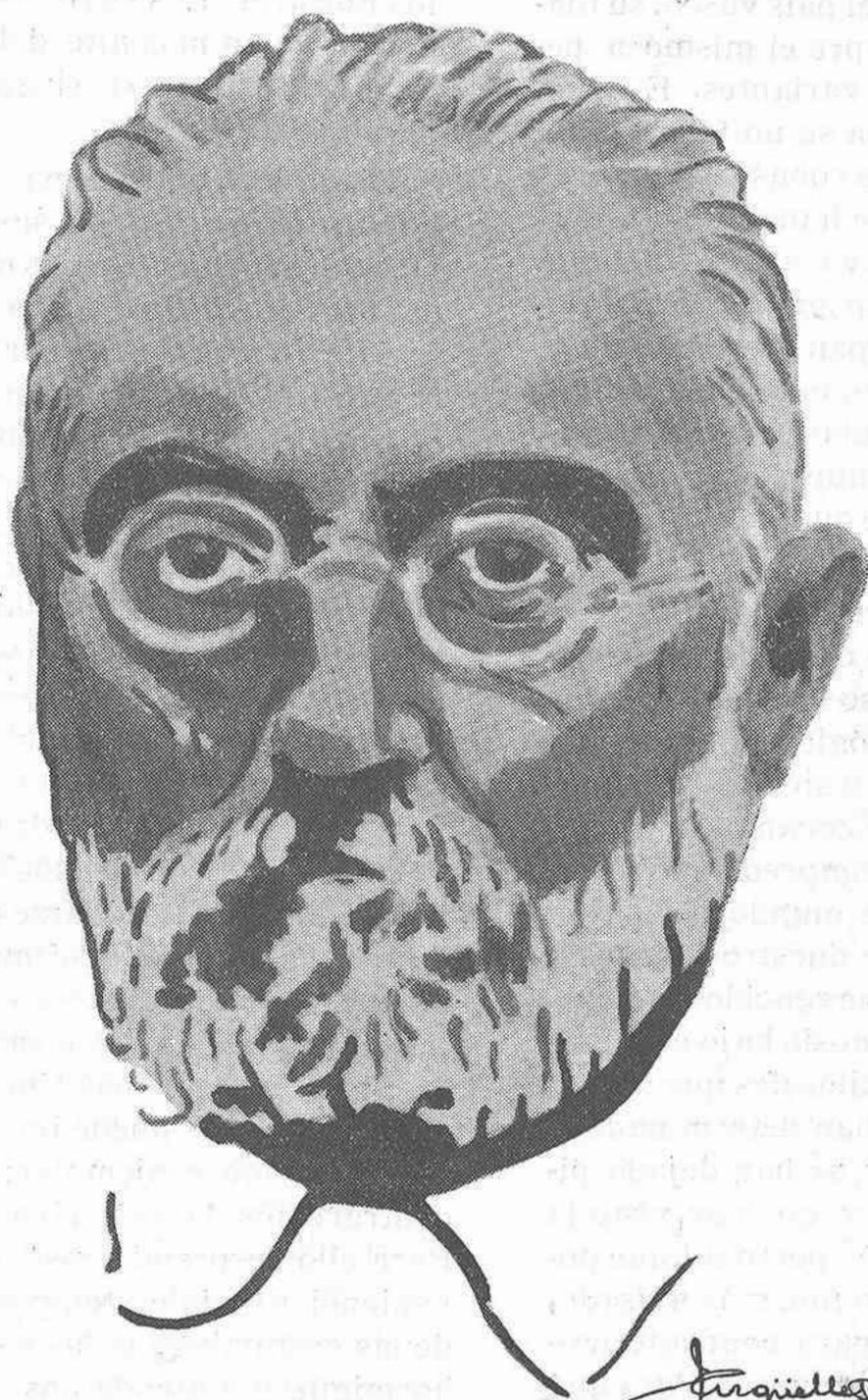
(1) El corolario de este pensamiento «*las palabras diversamente alineadas tienen diversos sentidos, y los sentidos alineados diversamente producen efectos diferentes*» ha sido comentado en todas las ediciones clásicas Hachete, la grande y la pequeña, ilustrándolos con los siguientes ejemplos suministrados por un profesor: *Un hombre pobre y un pobre hombre, Una mujer galante y una galante mujer*, etc., etc. Esta monstruosa necedad no indignará a Unamuno aunque es profesor también porque (una nueva contradicción en este hombre lleno de antítesis) a nadie odia tanto en este mundo como a los profesores.

las ideas y todo lo que puede constituir una previsora economía—moral o política—no tiene interés. Españoles que no conocen ni poseen otra economía que la individual, es decir, la eterna. Para Unamuno, hacer política es salvarse, es defender su personalidad, afirmarla, hacerla penetrar en la historia, a despecho de lo que es para los demás: asegurar el triunfo de una doctrina, de un partido, aumentar el territorio nacional o derribar el orden social existente. Por esto, Unamuno, cuando hace política no puede entenderse con ningún político. Los decepciona a todos y sus polémicas se pierden en la confusión porque es consigo mismo con quien polemiza.

De esta manera, D. Miguel y sus contemporáneos están siempre en desacuerdo. Político para quien las fórmulas de interés general no representa nada; novelista y dramaturgo que hace sonreír con cuantas pasiones o realidades nos muestre; poeta que no ha concebido ningún ideal de belleza soberana. Unamuno, feroz, sin generosidad ignora todos los principios, todos los sistemas, todo lo externo y objetivo. Su discurso es impotente como el de Nietzsche, para plasmar su pensamiento. Sin llegar hasta el punto de atascarse de aforismos ni estar forjado a martillazos, su pensamiento es como el de poeta filósofo, ocasional y sujeto a las acciones más diversas. El evento personal es su único determinante y necesita una resistencia y un excitante. Su pensamiento es esencialmente exegético. Unamuno, que no posee ninguna doctrina, no ha escrito sino libros de comentarios: comentarios al Cristo de Velázquez, comentarios a los discursos de Primo de Rivera, comentarios a todas aquellas cosas que de cerca o de lejos afectan de cualquier modo a la integridad de don Miguel, a su conservación, a su vida terrestre y futura.

Unamuno como poeta, es un poeta de circunstancias, dicho sea en la acepción más vasta de la palabra. Siempre canta alguna cosa. La poesía no es para él ese ideal de sí mismo que sería, por ejemplo, para Góngora. Borrascoso, orgulloso como un desterrado del *Risorgimento*, Unamuno experimenta muchas veces la necesidad de clamar bajo la forma lírica, sus recuerdos infantiles, su fe, sus esperanzas, los dolores de su proscripción. La versificación no supone en él abandono. Es, por el contrario, la ocasión más alta y necesaria para recogerse, para repetirse. En las vastas perspectivas de esta poesía oratoria, dura, robusta y romántica, siempre es él mismo, más fuerte siempre, contento, alegre por el triunfo que consigue—el más difícil—sobre la materia verbal y sobre el tiempo.

Nosotros nos hemos propuesto el arte co-



D. MIGUEL DE UNAMUNO por Argüelles López

mo un canon que imitar, una norma que seguir o un problema que resolver. Si nos proponemos un postulado nos duele que se nos niegue, y siendo así ¿podremos admitir las obras de este hombre, tan desordenadas, ilimitadas, monstruosas, obras que no podemos clasificar en ninguno de los géneros conocidos y en las que las intervenciones personales nos detienen a cada paso, con truculenta y familiar insolencia, en el curso de la ficción filosófica o estética con la que intentábamos ponernos de acuerdo?

Se dice que Luigi Pirandello que vivió mucho tiempo con su madre loca, y una aventura parecida a la de Pirandello—a cuyo idealismo irónico se le ha reprochado ciertos juegos unamunianos—podríamos contar de Unamuno que ha vivido toda su existencia en compañía del loco más divino de todos, de Nuestro Señor Don Quijote. Este prodigioso humanista, que ha tratado de todas las cosas imaginables, ha tomado particular horror a dos ciencias: la Sociología y la

Pedagogía, sin duda a causa de la pretensión que tienen de someter la formación del individuo en lo que ésta tiene de más profundo e irreductible: la construcción *a priori*.

Si se quiere seguir a Unamuno es necesario que eliminemos de nuestro pensamiento poco a poco todo el lastre que nos ata a esta vida terrena y prepararnos para recibir sin demasiado asombro sus esguinces lingüísticos y sus súbitos caprichos. Si nosotros no siguiéramos al pié de la letra las reglas que de antemano hemos acatado para todas las actividades de la vida, temeríamos caer en el ridículo. Don Quijote ignoró siempre este peligro. Unamuno quiere ignorarlo.

\*\*\*

Ya hemos separado de Unamuno todo aquello que no formaba parte de su personalidad y le hemos colocado en el centro de su existencia. Aquí se nos aparece el hombre, formado, dibujado, en su realidad física. Cuando anda, va siempre derecho, erguido,

llevando a donde quiera que va, ya se pasee por esta dorada plaza barroca de Salamanca, o por las calles de nuestro París o por las umbrías carreteras del país vasco, su inagotable monólogo, siempre el mismo a pesar de sus innumerables variantes. Esbelto, vestido con lo que él llama su uniforme civil, firme la cabeza sobre sus robustos hombros que ni en tiempo de nieve han podido soportar el peso de un gabán, va siempre delante de todos y delante de sí mismo, sea cualquiera la calidad de sus acompañantes, pareciéndose en esto a su maestro, el noble hidalgo, que hablaba lo mismo delante de los caberos que delante de los duques, y prosigue su trágico juego verbal del que nunca es él la víctima.

Uno de sus mayores triunfos sobre sus interlocutores es su arte de constructor de pajaritas de papel, y acaso este conceptismo suyo, estos juguetes filológicos a que es tan dado expresen su triunfo o sirvan para prolongarlo. Con Unamuno tocamos al fondo del nihilismo español. Comprendemos perfectamente por qué este mundo censura y tacha con tanta crueldad nuestros sueños y quedamos plenamente convencidos de que no vale la pena imaginárnoslo bajo otra forma más sistemática. Los filósofos que se han aventurado a hacerlo se han determinado a ello por exceso de candor, se han dejado pillar en sus mismos lazos y no han visto la parte de sí mismos, de sueño personal, que ponían en su esfuerzo. Unamuno, más avisado, se detiene un momento para contradecirse y para negarse, porque se muere. ¿Para qué las oportunidades del mundo han creado este accidente que se llama D. Miguel de Unamuno, sino para que perdure y se eternice? De este modo, balanceándose entre los dos polos del no ser y de la permanencia, continúa sufriendo el combate de su existencia cotidiana en la que el más pequeño acontecimiento reviste caracteres de la más trágica

importancia. Ninguno de sus gestos puede ser sometido a esta ordenanza objetiva y convencional con arreglo a la cual regimos los nuestros. Los suyos están bajo la dependencia de un más alto deber: los refiere a la inquietud, al desasosiego que le acoge por permanecer.

Nada hay inútil ni nada se pierde de las horas que emplea en sus debates íntimos. Hasta los momentos más ordinarios de la vida, esos que dedicamos a las conveniencias sociales, él sabe emplearlos en sí y para sí. Nunca le abandonan su angustia ni su orgullo, cuyo resplandor comunica a todo lo que toca, ni le abandona su avaricia, esa avaricia que le impide vivir o aniquilarse de manera inconsciente. Siempre está alerta, y, si duerme, es para mejor saborear y abismarse en el sueño del día anterior. Cercado por todas partes, amenazado de invasiones que descubre con amarga clarividencia, tiene continuamente el aspecto de atraer hacia sí todos los conflictos, todas las inquietudes, todas las penas, todos los remedios. Sin embargo, a pesar de hallarse en lo más extremo de la soledad y del egoísmo, es al más rico y el más humano de todos los hombres. No puede negarse que ha sabido reducir todos los problemas al más simple y al más natural y nadie nos puede impedir que veamos en él al hombre ejemplar: en D. Miguel encontraremos la más viva de las emociones. Para ello desprendámonos de todas las conveniencias sociales, temporales, dogmáticas, de las costumbres todas de nuestro pequeño hormiguero y atendamos a lo más importante: un hombre va a desaparecer y, para evitarlo, lucha minuto tras minuto. Es un egoísta que se debate en la lucha por la eternidad, pero, en fin de cuentas, si se salva nos salva a nosotros porque al defenderse nos está defendiendo a todos.

JEAN CASSOU

Traducción de P. GARCÍA SANTOS



# LA HUELGA GENERAL INGLESA

El acontecimiento más importante de nuestros días ha sido la huelga general inglesa. Con la serenidad y decisión características en este gran pueblo, todos sus obreros, por unos días, paralizaron el trabajo en absoluto, sin que gobierno ni burguesía se creyeran en la necesidad de adoptar más medidas que las indispensables para mantener el orden. Y la lucha fué magnífica de respeto y disciplina.

Esa huelga ha sido el síntoma revelador de la honda crisis del Imperio Británico. Desde el fin de la guerra, la hegemonía mundial ha pasado a los Estados Unidos: no hay un rincón del mundo donde no se venda el producto yankee o donde no esté colocado su dinero; son los primeros banqueros de la tierra. Ese cetro de la riqueza que Inglaterra perdió se traduce en la disminución de su influencia económica y consiguiente crisis industrial: sus fábricas producen menos, exporta menos, sus obreros huelgan forzosamente por centenas de millares. ¿Cómo hacer frente a la competencia americana por una parte, y a la alemana por otra? Los alemanes no respetan la jornada de ocho horas y trabajan por salarios de hambre; los estado-unidenses tienen el utillaje más perfeccionado del mundo. Poner al corriente la maquinaria y en poco tiempo, es perder demasiado; la solución será, pues, rebajar los salarios o aumentar la jornada, pero el obrero inglés que está sólidamente organizado, que si no es extremista precisamente, defiende con tesón los beneficios alcanzados, se niega en redondo a ser el sacrificado en esta otra guerra del predominio económico mundial.

La huelga general inglesa ha sido un sonoro toque de atención que repercutió en todo el mundo. Por su intensidad y magnitud ha sido la manifestación obrera de fuerza más grave que se ha conocido. Poco importa que no estuviera dirigida por extremistas, sino por los ponderados jefes de las Trades-Unions, si, en definitiva, sus resultados han de ser, probablemente al igual que en Rusia, mas por medios evolutivos, el triunfo del trabajo sobre el capital. Todo anuncia que las formas políticas de los siglos XIX y XX perecen para ser sustituidas por otras, no conocidas aún, siendo las dictaduras, obreras o fascistas, como las matrices en que se condensan los embriones. El trabajo ya no puede ser el elemento despreciado y maltratado de la vida, sino que aspira, y lo va consiguiendo, a ser el elemento organizador de ella, lo que es justo y humano. La industria es para el hombre y no lo contrario, como hasta el día: si pa-

ra existir la industria es preciso que millares de seres vivan en los bajos fondos de la sociedad, mal alimentados, mal vestidos, con hábitos soeces y generaciones degeneradas, es preferible que incluso la civilización perezca; es preferible la horda campesina, atrasada e inculta, pero viviendo y muriendo cara al sol.

Dichosos los jóvenes de la presente generación por lo mucho que han de ver. Si en arte parece que todas las posibilidades están agotadas, en ciencia son infinitas aún y a medida que el hombre se redima de la doble opresión material y económica, la perspectiva de bienestar, de eufonía, es más amplia. Estas huelgas formidables son ya el despertar de la conciencia colectiva de la masa que por empezar a comprender lo que es el hombre, se resiste contra la vida baja del obrero, cuyo horizonte está cerrado por la diaria tarea siempre igual siempre ferozmente monótona. Las masas no soportan el contraste de su miseria, no con la opulencia, sino con el bienestar de la clase media elevada, y como a ella llegan las conquistas de la ciencia con los infinitos beneficios que reportan, quieren alcanzarlas, y con razón. Ello no podrá ser si un solo hombre, valido del título jurídico, puede privar a sus semejantes de esas conquistas y beneficios, si los poseedores actuales del privilegio no se resignan a perderlo. Ayer fué Rusia; hoy Inglaterra, y el Oriente, que también despierta a nuestra vida occidental. De aquí a diez, a veinte años ¡y cuantas cosas han ocurrido en los diez últimos!—, el mundo no será semejante a lo pasado. Creemos que la democracia no será una ficción, ni el trabajo una esclavitud; el mundo tendrá que regularizar sus relaciones económicas si no quiere volver a la horrible catástrofe pasada y ha de empezar por la federación de los Estados europeos, para normalizar, por lo menos, la distribución de las materias primas esenciales de nuestra industria, los transportes y los cambios. Pero esta labor no pueden realizarla los gobiernos actuales que son el apéndice de lo que empezó a morir con la guerra. Tienen que ser esos millones de obreros los creadores de la paz social, de la unión entre los pueblos, organizados, disciplinados, dirigidos por la inteligencia desinteresada y heroica. La lucha gigantesca que empezó, tuvo en la huelga general inglesa su segundo episodio. Tengamos confianza en nuestros destinos y fortaleza para asistir altivos a los maravillosos espectáculos que se vislumbran.

## LIBROS

«Don Quijote, Don Juan y la Celestina», por Ramiro de Maeztu.—«Colección Contemporánea».—Espasa-Calpe. Madrid :- :- :- :- :- :- :-

Con *Don Quijote, Don Juan y la Celestina* nos ha dado recientemente Ramiro de Maeztu un magnífico libro de crítica, exégesis y orientación sobre aspectos capitales de la viva cantera de nuestra literatura clásica. Maeztu publica de tarde en tarde sus libros: de aquí que todos ellos encuentren a su aparición una viva curiosidad expectante. Sería, pues, falta ominosa en el articulista, que admira y reverencia al maestro, uno de los grandes ensayistas españoles, y sigue con esa atenta curiosidad y vigilancia la producción bibliográfica del espíritu hispánico contemporáneo, no dedicar unas líneas al tal volumen. Nadie ignora la alta alcurnia intelectual de su autor, que ha conseguido destacar como pocos en los últimos años la proceridad de su fama. Tras los juveniles años de rebeldía, de sed inagotable por prender todos los matices, todas las bellezas, este genial filósofo y prosista ha venido a dar—con su cultura, con su cierta visión de la vida y sus problemas—la nota de serenidad de los grandes escritores clásicos. Dijérase que revive en él uno de aquellos geniales letrados del Renacimiento siempre en tensión de *amor intellectualis*. Es el verdadero humanista de hoy día, y a nosotros nos hace evocar su obra la de dos figuras de otros tiempos con las que creemos tiene gran afinidad: Erasmo y Renán.

El libro de Maeztu—que por su alta importancia y transcendental significado en todos los órdenes, no dudamos en diputar, con el otro tan conocido *La crisis del Humanismo*, como lo más característico del gran pensador, hoy en culminación meridiana de facultades—, *Don Quijote, Don Juan y la Celestina*, decimos, viene a descubrirnos el singular relieve con que se destacan en todos los tiempos—para quien posee la bastante aguda penetración—los tres vértices que cierran el triángulo ideológico de la España de ayer. Estas figuras máximas de la fantasía racial, no superadas en magnitud deslumbradora por ninguna de las demás literaturas, por lo mismo que en su contenido ideológico se encierran todas las inquietudes, todas las ansias, el

secreto sentimental, en una palabra, de la España del pasado; estas figuras, repetimos, son las de Don Quijote, Don Juan y la Celestina, seres o héroes literarios que, empero su simbólica categoría de míticos, creemos verlos aún encarnados en la vida real de hoy, dando fe de que representan, como quiere Maeztu, el amor, el poder y el saber, respectivamente.

Son tan densos de doctrina los «ensayos en simpatía» del libro del gran escritor, que resultaría tarea poco menos que imposible la de condensar en un artículo, por largo que fuere, las consideraciones que despierta su lectura. Como los antiguos maestros exotéricos, el profundo pensador bucea con envidiable don de penetración en la amplia materia, y nos va ofreciendo, página por página, admirables juicios, amenas enseñanzas que tienen la virtud de revelarnos insospechados matices de aquellas figuras fantásticas, hacia las que nos sentimos inclinados por singular afinidad comprensiva.

Empero estar maravillosamente llenos de enjundia, de erudición y de arte los tres ensayos, nosotros queremos encontrar en el primero, en el de Don Quijote, cada vez que lo releemos, la culminación del análisis y la visión de Maeztu. Aquí hallamos la mejor explicación de la historia y de la psicología españolas.

Como Ortega y Gasset en sus *Meditaciones del Quijote*; como Unamuno en su *Vida de Don Quijote y Sancho*, Maeztu nos hace ver, acaso más claramente que aquéllos, que el *Quijote* es el libro de nuestra decadencia, de la decadencia «desde el punto de vista del ideal y no desde el punto de vista de la vida». La tragedia del espíritu aventurero, inconsciente y estérilmente heroico, que en la época de Cervantes comenzaba a ser anaacrónico, labrando para España su pobreza y su ruina, vémosla justamente aquilatada, maravillosamente evocada, sagazmente enjuiciada en estas páginas jugosas, en las que revive el proceso del devenir histórico de la estirpe. Luego viene la comparación entre el *Quijote* y *Hamlet*, obras coetáneas, representativas a la sazón de dos nacionalidades y sus máximos genios creadores. Y veamos donde radica precisamente el magno realce artístico de ambos libros: en el modo como sus autores exagera-

ron la ideología aparente de sus protagonistas, exageración que lleva implícita la sátira. Shakespeare combate tácitamente la duda, la indecisión del príncipe danés, y Cervantes, por el contrario, se burla de la ciega confianza del hidalgo de Argamasilla, que quiere resucitar, en una época en que ya se marcaba la inconsciencia colectiva y la desorientación espiritual, la edad de oro. Pero, además, Maeztu nos explica cómo ambas obras son la consecuencia o consecuencia ineluctable del espíritu de sus autores, del ambiente de los países en que se crearon y del medio de la época. *Hamlet* lo creó el genio en la plenitud de sus facultades, y en triunfal éxito, en una nación joven para la que se abrían los grandes destinos históricos. No podía propugnar por otra cosa que por la acción, haciendo resaltar, con lo exagerado del cuadro trágico, la razón de no ser de la quietud, y predicando, por ende, la impaciencia y la aventura. El *Quijote*, por el contrario, fué hecho por el genio desengañado, incomprendido, en pueblo gastado por dominar la tierra con sus irreflexivas empresas, razón por lo que la obra máxima de nuestra literatura había de constituir la novela exaltadora del reposo.

Tras estas páginas, que prueban la sublime ejecutoria de España en orden a ser precursora en magnas empresas a todos los grandes pueblos contemporáneos, siguen otras vibrantes analizando la vida de Cervantes y comparando a la magna creación de nuestra Novela con otra obra que, aunque no creada por español, representa el canto epopéyico a la culminación triunfal del espíritu hispánico: la *Os Lusíadas*, de Camoens. Maeztu pondera las bellezas del gran poema, en el que «se encuentra la expresión conjunta del genio hispánico en su momento de esplendor», y elucida cómo la narración de las aventuras—vidas—de Vasco de Gama son constitutivas de la primera parte de un singular libro de la raza, parte primera o de triunfal apoteosis, cuya segunda parte es el *Quijote*, expositor de la decadencia.

Con análogo interés se leen los seis capítulos dedicados a estudiar la figura de Don Juan, y los siete consagrados a inquirir el significado de la *Celestina*. El burlador es para nuestro ilustre pensador y crítico el instinto triunfante, la fuerza inconsciente e irreflexiva, producto también de la época en un pueblo que por haberse extendido demasiado colectivamente, pierde la noción del imperativo individual. El análisis de los monumentos literarios que diversos genios crearon inspirados por este célebre leimotivo, es un modelo de precisión y justeza. Maeztu dice a propósito de Don Juan «todavía vaga el personaje en busca de un autor que lo cristalice definitivamente como lo están, desde su creación, la *Celestina* y Don *Quijote*». Y en lo que toca

a la heroína literaria de Rojas, el estudio del singular tipo es una maravilla de maestría descriptiva. Aquélla representa la rebeldía del individuo contra la Sociedad, o lo que es lo mismo: el triunfo de la ilusión momentánea sobre la reflexión del deber. Este tipo surge de un torturado por el problema religioso. Seguramente que el bachiller Rojas era, como se supone, un judío converso.

Pero *Don Quijote*, *Don Juan* y *la Celestina*, tan rebosante de erudición y de doctrina, aún afronta otro problema capital, que no está precisamente incluido en aquellas figuras máximas de la fantasía española sino que se sugiere virtualmente al traerlas a la vida en que se depura el mundo de la realidad, la voluntad y el sueño: el de la razón de ser del Arte, o sea la subordinación, la dependencia de éste con la Vida y con una finalidad ética. Para Maeztu, enemigo de *el Arte por el Arte*, no se aleja uno del problema moral sino sustrayéndose a la tensión artística. Y a este respecto no vacila en negar la categoría artística a esa forma de literatura hecha para distracción del público «sin poner en peligro su buena digestión»: gran verdad que tenemos que subrayar todos cuantos creemos tanto que el Arte está implícitamente contenido en la Vida, como que el fin supremo de aquél, la Belleza, se halla en todas las formas, en la plenitud del ser con su destino, cosas ambas opuestas a las corrientes de los que pretenden imponer sus *ismos* y deshumanizar el Arte y considerarlo como simple sport. Maeztu traza páginas admirables a este propósito en el prólogo de la obra, que termina así: «la imaginación no crea en el vacío sus figuras, sino movida por los deseos y temores que sacuden el alma. A su vez esas criaturas de la imaginación nos colocan ante los mismos problemas morales, que acaso quisimos evitar al ponernos a fabricar castillos en el aire o al leer una novela. Y es que no hay escape al problema moral. Los hijos del arte han de ser también buenos o malos. Sólo los nulos son indiferentes. Pero no creemos que seguimos donde estábamos al principio. Por el rodeo del arte hemos ganado la distancia que media de las tinieblas a la luz. El resplandor de la fantasía nos permite percibir con claridad lo que pugna por esclarecerse en nuestro espíritu. Así podremos, al digerir los mitos, construir el ideal. La sencillez del arte nos permite orientarnos mejor en las complejidades de la vida. Veremos claro, se levantará el día, desaparecerán las incertidumbres, cantarán los pájaros, se alegrará el mundo: llegará, al cabo, la hora de la acción».

\* \* \*

**EL LIBRO BELLO.**—En España tiene el libro bello, el libro de lujo una tradición, un ascendiente tan marcado y famoso como en el

país más adelantado desde antiguo en la industria editorial. Y no ha bastado para olvidarlo el despego que casi todos los editores vinieron mostrando en los últimos tiempos hacia las ediciones de atuendo y belleza. Ya se sabe que la causa de esto último fué la sordez ignorante y desaprensiva que caracterizó a tantos de esos editores, por mucho tiempo atentos sólo al aumento en el rendimiento del negocio, a costa de lo que fuere.

El libro bello se produjo aquí copiosamente desde tiempo remoto. Maravilla, aún día, el ver los antiguos códices, los infolios, por lo general empastados en pergamino, que todavía se conservan en los archivos y bibliotecas tradicionales: Simancas, El Escorial, el de Indias de Sevilla, la Chancillería de Valladolid y la propia Biblioteca Nacional, así como en algunas vetustas catedrales: Toledo, Burgos, Segovia y León, principalmente. Y aún más, aunque esta admiración se trueque seguidamente en desconsuelo, el saber que lo que resta de esas obras o ediciones famosísimas no es nada comparado con el tesoro de ellas que otrora llegó a contar España.

Las ediciones que aquí se hacían en los siglos pasados eran, por lo general, riquísimas, tanto cuando toda la labor del libro era efectuada a mano, como después, con la máquina, cuando el descubrimiento de la imprenta torció el romántico esfuerzo de los hombres, de la piedra de la Catedral al papel del Libro, hecho que el emperador de la barba florida, el magnífico Hugo, condensó en su conocida frase de «esto matará a aquello».

Esas ediciones de altísimo valor, con sus repujados de realce, sus viñetas y letras iniciales miniadas y otras filigranas que valían un caudal, tales que las debidas a los famosos Aldes, las de los Padres Vollandistas, las de los imagineros toledanos y otras de salmos y cantorales; los manuscritos de los Concilios, las ediciones Príncipe de célebres obras, y otras de muchos títulos sueltos cuya reseña detallada podríamos hacer bien extensa, han ido a parar en su mayor parte al extranjero, en donde hoy se conservan como reliquias, ya que nosotros no las dimos importancia cuando, bien por la acidia colectiva o la venalidad individual, dejamos perderlas.

Ha habido algún tiempo en que estuvo como amortiguada en España la tradicional afición al libro bello. Las ediciones eran ridículas, feamente impresas y peor encuadernadas casi todas ellas, constituyendo una ofensa a los altos prestigios literarios cuya producción se ofrecía con tan feos ropajes, y un atentado a la Estética que debe presidir siempre la confección del libro, que es el medio educador por autonomasía. Pero es justo reconocer que se ha iniciado una bien marcada reivindicación de los fueros del libro a este respecto, de poco tiempo a esta parte, a compás del prodioso

desarrollo que el libro bello obtiene en los demás países cultos. Con la afición al libro bello, tanto por parte de quienes lo producen como de los que han de adquirirlo, se enmienda ese «pecado de grosería» con que por espacio de tanto tiempo se lanzaron los libros, según la frase del ilustre escritor Salaverría.

Varias son las casas editoriales españolas que descuellan en estos últimos años por su denuedo en ofrecer con la mayor exquisitez y el más reducido precio posible el libro bello, que no es precisamente, como creen muchos, el voluminoso de recias tapas recargadas de oro y de tintas, con lo que se dificulta su lectura y consulta, sino ese otro manejable, en cuya parte interior se coordinan felizmente los elementos de perfección a que han llegado las artes de imprenta o gráficas. Precisamente en estos días han llegado a nuestras manos dos valiosos presentes de libros de este linaje que cumplen a maravilla lo que es, lo que debe ser el libro bello, tal como nosotros lo entendemos y diputamos. Ambos presentes proceden de Barcelona, ciudad que cada día muestra más fehaciente la superación de su industria y su cultura en todos los órdenes. Nos referimos a la *Colección Araluce* de obras maestras al alcance de los niños, de la casa editorial de aquel nombre, bien conocida en España y América desde hace años, y a los *Libros de Epopeya*, que publican los Hermanos Maristas barceloneses en su Editorial F. T. D. La coincidencia en nuestro conocimiento de ambas colecciones, tan marcadamente afines en presentación, índole evocativa y primorosa presentación, muévenos a expresar nuestro aplauso, de consuno, a las mencionadas editoriales.

La Editorial Araluce, cuyo propietario y director, don Ramón de S. N. Araluce, es uno de los espíritus más cultos y entusiastas de la industria del libro en España, ofrece con su colección un medio valiosísimo de divulgación de las obras célebres de la Literatura universal, y, preferentemente, de las que se refieren al esplendoroso pasado español. Así vemos que de los cinco volúmenes que hemos recibido de dicha colección, tres son de temas netamente de estirpe: los titulados *Viajes de Juan Sebastián El Cano*, *Tradiciones Iberas* y *Hazañas del Cid*, y dos de literatura extranjera: *Orlando Furioso*, el famoso poema de Ariosto, y los no menos célebres *Cuentos* de Hoffmann. Son libros destinados a los niños, pero que sirven por igual a los mayores. Confesamos que la lectura tanto de las tradiciones y gestas hispanas como de las preseas literarias universales en estas versiones que nos ofrece Araluce, nos ha hecho deleitarnos remozando nuestra memoria con las visiones imaginativas del pasado brillante de nuestro país y del poder creador de célebres genios de ayer. Con todo, el encanto de estos libros

radica en su factura. Forman tomos lindísimos, en tamaño 8.º, de más de un centenar de páginas, en papel grueso y magnífico, con láminas alegóricas a todo color, intercaladas en el texto y una en la tapa, y con encuadernación bellísima, en tela magnífica, con dorados en rótulos, orlas y cantos.

Los *Libros de Epopeya* revisten análoga significación e importancia por su índole y por su presentación, aunque ésta es muy distinta, que los anteriores. Consagrada la colección exclusivamente, como su nombre lo indica, a la divulgación, en forma sugestiva y amena, de los hechos bizarros llevados a cabo en los momentos culminantes de la Historia patria, este conjunto de libros se compone, hasta hoy, de los cuatro volúmenes siguientes: *Sangre generosa y fecunda* (relación del martirio del Padre Juan de Prado en Marruecos); *Por Castilla y por León, Nuevo Mundo halló Colón* (historia del descubrimiento de América), por Antonio de Herrera, cronista de Indias; *Nuevo descubrimiento del gran río de las Amazonas*, por el Padre Cristóbal de Acuña, y *Guerras Civiles de Granada*, por Ginés Pérez de Hita. La tipografía de estos volúmenes, distintos en tamaño y número de páginas, es, sencillamente, un primor. Parece como una resurrección de la antigua impresión de tipo grande y clarísimo, con esbeltas y artísticas capitulares y artísticos finales. Todos los volúmenes están impresos siguiendo el mismo acierto de originalidad, de esbeltez en el ajuste. Su papel, de cuerpo y nitidez espléndidos, permite la limpidez tipográfica y la belleza de las láminas alusivas, reproduciendo dibujos hechos por expertos artistas.

ANGEL DOTOR

\* \* \*

«Poetas y Bufones», Polémica Vasconcelos-Chocano.---Editorial Mundial.---Madrid.

De los tiempos del bachillerato recordarán muchas gentes unos libros de texto de Historia, de los que era autor el Sr. Moreno Espinosa. En letras grandes iba el texto histórico, muy conciso, y debajo, en las notas, con letra muy menuda, se insertaba multitud de anécdotas de la época y personajes a que se refería el texto principal. Aquellas anécdotas, que casi siempre terminaban en frases lapidarias («Pega, pero escucha»; «Todo se ha perdido, menos el honor»; etc.), contribuyeron indudablemente a darnos de la Historia un sentido más profundo y más claro que el de los libros usuales en que se narran los hechos, catalogados por fechas, sin interpretación alguna.

Y es que la anécdota suele ser el símbolo de una época. Un hecho aislado, que en sí puede no tener repercusión en la Historia, es capaz de darnos la clave de todo un período histórico. A esta índole de sucesos representativos pertenece el doloroso episo-

dio Vasconcelos-Chocano, que culminó en la muerte de Edwin Elmore. En la lucha de la América hispana por llegar a las formas políticas de la democracia liberal, los intelectuales desempeñan su papel, según que los apetitos personales se hayan sobrepuesto o no en su inteligencia. Lo general es que los intelectuales, por vanidad, orgullo, o más simple, por sed de dinero, se coloquen al lado de los triunfadores. Los menos, los puros, prefieren la miseria, la oscuridad, la muerte, antes que someterse a los caudillos afortunados. Desde Nietzsche acá, no hay uno que no haya invocado en defensa de su posición egoísta al semiloco filósofo alemán, que quizá no pensó jamás que su super-hombre pudiera tener por antecedente a Santos Chocano o a D. Ramiro de Maeztu.

No creemos que la exaltación de la personalidad individual (belleza, fuerza, inteligencia) implique el desprecio a la plebe mísera, ni el aplastamiento del último paria, para que el poeta de corte disfrute tranquilo el precio de su servidumbre. Mas hoy es moda en los intelectuales preconizar y exaltar el poderío de la aristocracia (aunque esta aristocracia tenga unos orígenes tan bajos y ramplones como los que tiene la del siglo xx) y hablar del ocaso de las revoluciones. La plebe despreciada se encarga, de vez en cuando, de humillar a su vez, a estos hijos espirituales de Platon y Nietzsche, demostrándoles con hechos que el intelecto que no sirve para mejorar la suerte de todos, que el intelecto que no ama y procrea es masturbación intelectual y nada más.

Son menos los intelectuales que, concedores de la servidumbre en que vive el hombre, se erigen en caudillos de las masas, arrosando sus peligros y contratiempos. A esta clase pertenece Vasconcelos, bien conocido de todos para insistir sobre él. Un defensor de sus ideas, el joven Edwin Elmore, que tuvo la valentía de levantarse contra los opresores de su patria cantados por liras venales, encontró la muerte asesinado por Santos Chocano, prototipo del intelectual venal y engreído. El sencillo librito que se titula *Poetas y Bufones* publica los artículos y cartas que se cruzaron entre protagonistas y amigos, de cuyos documentos se deduce la nobleza de Edwin Elmore, Vasconcelos y sus amigos, en contraste con el bárbaro orgullo del poeta Santos Chocano, bardo a sueldo de un tirano de Sud-América. En *Poetas y Bufones* se historia documentalmente un caso tipo de la actitud de los intelectuales ante la libertad y la tiranía, pero desarrollado en el medio violento de las luchas americanas. Aquí, en Europa, los intelectuales que claudican, no tienen siquiera la grandeza feroz de aquellos caudillos: en vez de pistola manejan raqueta cuando no sombrilla.

JOSÉ LOREDO APARICIO

# Sastrería \* Camisería

## Ropas hechas-Calzados

El mayor surtido y precios más económicos

### "Bazar Español"

Uría, núm. 38 OVIEDO Teléfono 1116

## CALZADOS - SOMBREROS

Siempre se encuentra el mejor surtido y

las últimas novedades en

### "LA AMERICANA"

Fruela, 14  
OVIEDO  
=GIJÓN=

Sucursales.

«La Americana», Gijón  
«Bazar Fruela», Oviedo  
«Bazar Español», Oviedo

## Un buen vino, RIOJA ROMERAL

# LA SUIZA ASTURIANA

## FABRICA DE BOMBONES Y CAMELOS FINOS

### CREMAS :: JALEAS

Y

## ARTÍCULOS DE CONFITERÍA



TELÉFONO NÚM. 583

Llano Alto - GIJON



# Coñac Campo Rey



### Rafael Loredo

PROCURADOR DE LOS TRIBUNALES

Covadonga, 16 GIJON Teléfono 1192

### Luis Miguel Bueres

PROCURADOR DE LOS TRIBUNALES

Testamentarias :: expedientes posesorios y de dominio :: negocios mercantiles y, en general, representación en toda clase de asuntos civiles, gubernativos, administrativos y contencioso-administrativos

Campomanes, 18 OVIEDO Teléfono 9-11

### Jaime B. Viliesid

DENTISTA

URIA, 32—Teléfono 10-49

OVIEDO

### Eloy Pérez Gómez

ESPECIALISTA EN ENFERMEDADES DE LOS OJOS

San Francisco, 24

OVIEDO

INF. MINERVA LINARES RIVAS, 24 - GIJON